



## **Virginia**

Tragedia en cinco actos

**Manuel de Tamayo y Baus**

A ti, padre mío; a ti, que lloras aún  
la muerte de mi madre.

Madrid, 8 de septiembre de 1853.

SR. D. MANUEL CAÑETE.

Terminada al fin la obra que hasta hoy ha sido mi mayor delicia y mi más cruel amargura, alimento casi exclusivo de toda mi alma, vuelvo a ti los ojos, Manuel mío, queriendo dar treguas al torturado pensamiento en el blando regazo de la amistad; y así como el enfermo que en vano trata de poner en olvido su dolencia, siento que de nuevo se entra por mis sentidos con más vigoroso empeño aquella dulce enemiga de quien ya me juzgaba libre.

Y cuando no me autorizase a derramar en la tuya mi alma el nudo, nunca aflojado siquiera, de nuestro mutuo y desinteresado cariño, dírame a ello derecho suficiente el indomable entusiasmo y no quebrantada constancia con que, pródigo de tu erudición y talento en bien de la juventud que siente y cree, procuras disipar las tinieblas y señalar los escollos del traicionero laberinto en donde yacen ocultas Melpómene y Talía.

Ruégote, sin embargo, mi querido Manuel, que me perdones si te importuno demasiado, abandonándome todo a las tumultuosas reflexiones que en este momento me absorben y dominan a pesar mío.

¿Qué es Virginia? ¿Qué debería ser la tragedia para conseguir carta de naturaleza en la España de 1853?

Perdidamente enamorado de un género de literatura que siempre ha sido rey en la escena, y deseoso de que alguno de los jóvenes que tanto me aventajan en habilidad y talento dé cumplida cima a lo que yo vanamente hubiera intentado, juzgo además oportuno trasladar a esta carta, que tú, sin duda, me permitirás hacer pública, los no infundados recelos que son agrio fruto de mis reflexiones.

Las tragedias de Cienfuegos, el Pelayo de nuestro gran Quintana y el Edipo de Martínez de la Rosa, superior acaso a los de Sófocles y Voltaire, son preciosas joyas de la literatura nacional; doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, don José Díaz y otros, han cultivado este género recientemente; el bellísimo drama del señor Cervino, titulado Sara, puede considerarse, a mi juicio, como un paso muy feliz en la regeneración de la tragedia; pero no bastando a destruir una regla algunas excepciones honrosísimas, puede asegurarse que la tragedia clásica no vive en nuestra literatura.

¿Por qué nunca ha podido aclimatarse en nuestro suelo el que siempre ha sido considerado como el más perfecto, el más noble linaje de poemas dramáticos?

La obra concluida hoy por mi pluma tosca y desmayada es una tragedia. Si la condena el público, ¿no habré contribuido, por más que se tenga en cuenta mi incompetencia, a robustecer la opinión, apenas combatida, de que la tragedia no puede sostenerse en la escena española, retrayendo tal vez del plausible propósito de probar lo contrario a más expertas y vigorosas plumas que la mía?

Este doloroso temor, amigo del alma, me obliga a declarar en voz alta que mi Virginia no es lo que, en mi concepto, debería ser la tragedia para lograr alzarse victoriosa en la España de nuestros días; y aun cuando no ignoro que en tan asendereada cuestión nada nuevo puede decirse, deber mío es recordar en este sitio algo de lo que todos saben, manifestando a la vez mis propias opiniones, aun cuando haya de ser con el desorden natural en quien escribe sin previo análisis ni coordinación de ideas.

Hija la tragedia francesa de la tragedia antigua, quiso seguirla paso a paso, en cuanto era posible hacerlo así, dada la distinta índole de dos épocas tan separadas. Este sistema, merced al poderoso numen de Corneille y de Racine, al común acierto de sus innumerables émulos e imitadores, y a los respetables preceptos de la crítica, escudado por el venerando ejemplo de la antigüedad, y despótico señor de la literatura del portentoso siglo XVII en Francia, dio leyes al mundo y redujo desgraciadamente la tragedia clásica a la triste condición de planeta estacionario.

¿Carece, por ventura, de defectos? ¿No es susceptible de mejora este tipo de belleza que, realzado en el teatro griego por el candor y la virginidad del recién nacido, es hoy contumaz y gastado caduco?

Yo creo firmemente que en las bellezas parciales de sus obras llegaron los griegos a un punto de perfección que no se ha sobrepujado, ni aun igualado después; pero creo también que para que la tragedia conquiste en nuestros días el puesto preferente que le corresponde, es fuerza romper la cadena que, en cierto modo, une aún la tragedia moderna con la antigua, si bien las que en ésta son bellezas indudables han mudado naturaleza, y son en aquélla defectos, de los que nunca perdona un auditorio del siglo XIX.

Los coros, profusamente prodigados en el poema trágico de la antigüedad y enteramente ajenos al argumento de la fábula, contribuían a estrechar más y más la acción, casi siempre esclavizada por las unidades de tiempo y de lugar. Reducido el poeta a trazar un solo momento de la vida de su héroe, el dolor tampoco tenía por lo común más que una sola manifestación; y exento las más de las veces el poema de la peripecia, que consiste en el cambio de la situación moral de los personajes, adolece necesariamente de cierta monotonía y languidez. Los griegos trazaban en sus obras, más que humanos, ciegos instrumentos de los dioses, que, libres de combates consigo mismos, caminaban

derechos a su fin, sin estorbo ni detención alguna; resultando de aquí que, considerados los caracteres y los sentimientos como un efecto de la fatalidad, carecen de variado y profundo desarrollo, y el poema, en general, de aquella importancia moral y filosófica que tanto le enaltece convirtiéndole al ejemplo y enseñanza de las naciones. El teatro en Grecia, por otra parte, tenía un carácter esencialmente político y religioso, y el poeta no necesitaba redoblar sus esfuerzos para interesar y conmover a la multitud, seguro de lograrlo al recurrir a la superstición, o al ensalzar los hechos de los más ilustres antecesores de un pueblo tan virgen y entusiasta. Aun el mismo teatro contribuía a facilitar la ilusión. El teatro antiguo, según las palabras de Saint-Marc de Girardin, tenía por techo el firmamento y por decoraciones las montañas y los mares; y cuando Ajax saludaba al sol por última vez, el sol brillaba efectivamente en el cielo, iluminando el rostro moribundo del héroe y las afligidas miradas de los espectadores; y cuando exclamaba: «Salamina, suelo sagrado de mi tierra natal», éstos podían ver a Salamina y su golfo esclarecido; y cuando decía: «Bella y gloriosa Atenas, dulce hermana de mi patria», Atenas entera estaba delante de sus ojos. El poeta en la antigüedad todo lo hallaba virgen, y tenía a su disposición el cielo, el mundo y el infierno: los espectadores abrían el desnudo pecho a todas las impresiones que quería hacerles experimentar, y libre de crecido número de rivales, lograba fácilmente espontánea y duradera admiración.

De todos estos elementos combinados nacieron las bellezas que tanto nos admiran, y los que no pudiendo llamarse defectos en el teatro antiguo, lo son aún imperdonables en el teatro clásico moderno.

Los franceses y los italianos, sin tener en cuenta que la índole especial de un género de literatura cualquiera nace del influjo que sobre él ejerce el espíritu de una época dada, se amarraron gustosos con la triple cadena que muchas veces no había pesado sobre la Melpómene antigua; restableciendo y aumentando las opresoras trabas, y atentos muy particularmente a despojar los caracteres y las pasiones de todo movimiento y variedad. Y como la sencillez de los griegos no era ya natural entre los escritores de los siglos XVII y XVIII, resultó que, degenerando poco a poco la imitación, lo que en el teatro antiguo fue disculpable trivialidad, magnífica sencillez, y muchas veces vigorosísimo arrebató, vino a ser en Francia, y más aún en Italia, afectación, amaneramiento y monotonía.

Firmes en el propósito de dar a la palabra y al sentimiento un tinte convencional de grandeza y decoro afectados, carece este género, por lo común, de toda la flexibilidad apetecible; y esta circunstancia, combinada con la pobreza del artificio, hace que todas las tragedias tengan un colorido análogo por cierta semejanza en la trabazón de la fábula y en el modo de hablar, pensar y sentir de sus personajes, héroes o esclavos, grandes o pequeños.

Los escritores del presente siglo, que ponen su mayor conato en dar lógica combinación al plan de una comedia o drama, esto mismo es lo que más descuidan al tratar de componer una tragedia; y libres, por fortuna, de las trabas que motivan la uniformidad de expresión en la tragedia francesa e italiana, sacrifican, sin embargo, el interés a la monotonía de una sencillez rebuscada, la verdad a una grandeza casi siempre deslustrada por la afectación. Quizá sin darse cuenta a sí propios rinden a la tradición un culto idólatra, y se creen en el deber de despojar la fábula de la belleza del artificio en su parte material, y del interés que nace de las diferentes alternativas de toda pasión o carácter en su parte espiritual. Ni juzgo conveniente el que italianos y españoles hayan convertido en razón de belleza lo que entre los franceses es pura razón de necesidad. Si ellos escribieron y escriben, así la tragedia como la comedia y el drama, en un mismo metro invariable, es porque, como todo el mundo sabe, no tienen otro a propósito; pero

cuando los mismos antiguos autorizan lo contrario, ¿a qué encerrarnos nosotros en tan vicioso círculo, con perjuicio notorio del poema dramático, que tanto pierde así del movimiento y galanura de su forma indígena? Esta reforma, ya admitida, pero no suficientemente autorizada, contribuiría también, sin duda alguna, a españolizar la tragedia, haciendo más fácil su vencimiento en el teatro.

Quizá no sea posible adelantar un solo paso en el perfeccionamiento de varias de las dotes que ilustran ya la tragedia, levantándola sobre todos los demás géneros de literatura dramática; mas ¿perdería mucho, por ventura, si trocarse sus envejecidos defectos por las lozanas cualidades del novísimo poema dramático, dócil al soplo perfeccionador de los siglos? Muchos rigurosos preceptistas prefieren, sin embargo, verla muerta para la literatura de la presente edad, a verla renacer con forma adecuada al espíritu de la época en que vivimos. El ya mencionado y justamente célebre Saint-Marc de Girardin, entre ellos, trata de probar que en lo antiguo todo era acabada perfección, y todo imperfección en lo contemporáneo; que los griegos pintaban las pasiones con verdadero colorido, y que ahora se equivoca por lo común el dolor físico con el moral, y en vez del sentimiento se retrata el instinto. Varios de los parangones que establece para probarlo me parecen inoportunos, cuando menos; pero, por lo demás, no seré yo el que me atreva a impugnar a los que condenan toda situación violenta en los productos del entendimiento, y aspiran a proscribir del teatro todo lo que sobresalga un poco del orden más general de la naturaleza, fundándose en que el exceso del dolor priva al hombre de su manera de ser. Pero ¿cuántos ejemplos irrecusables no podrían citarse en contra de tan sistemática doctrina? Y en el terreno de la realidad, ¿cuántos serán los que no hayan sentido mil veces ofuscada y vencida su razón a los rudos embates de las pasiones, siempre tan intranquilas y arrebatadas que, aun dado el carácter más apático, la menor contrariedad le lastima y ensoberbece? Y ¿no resultará una enseñanza profundamente saludable de hacer ver el extremo de angustia y degradación a que puede llegar el hombre impulsado por una pasión desordenada no reprimida a tiempo?

Sabido es, mi querido Manuel, que sólo la época en que los ingenios florecen es responsable de un defecto común a los más diestros como a los menos hábiles, y no negaré yo que, así como las circunstancias especiales de los autores trágicos en Grecia dio a veces por resultado la trivialidad, así también entre los modernos produce a menudo el no menos reprehensible defecto de la exageración, la exuberancia de vida de la sociedad que los conmueve y los desesperados esfuerzos que necesitan hacer para ganar o no perder un nombre. Hoy apenas halla el poeta un solo carácter, idea o sentimiento que no esté ya beneficiado, y tiene que luchar al mismo tiempo con la afectada susceptibilidad de los que sólo gustan de ver la superficie del hombre en el teatro, y la de los que todo se lo exigen y se lo vedan todo. Pero ¿cuándo se han trazado con más delicadeza de expresión, con más vigoroso colorido que ahora, los más recónditos arcanos del alma? ¿Cuándo la ficción ha imitado más perfectamente la verdad? Triste propensión la que nos inclina a despreciar todo lo que existe a nuestro lado, que es despreciarnos a nosotros mismos. Yo, el más humilde de todos, pero más afortunado que otros muchos, no necesito para divinizar al gran escritor esperar a que desaparezca de la tierra, por más que pueda ver al hombre con mis propios ojos, tal cual le hayan hecho la naturaleza y la sociedad.

Ni se me diga que la tragedia dejaría de serlo si experimentase modificaciones en el carácter que la ha determinado hasta aquí. Esto equivaldría a querer que la comedia fuese siempre como la de Aristófanes o Terencio, o bien como la de Molière. La tragedia clásica, a mi ver, puede reformarse o regenerarse como la comedia y como el drama mismo, sin perder el sello peculiar que la distingue; sin confundirse en manera alguna con el drama llamado romántico; sin dejar de ser, respecto de los demás géneros

de literatura dramática, lo que el severo y majestuoso ciprés respecto de los demás árboles.

Nada que es difícil puede ser despreciable; ¿cómo ha de poder serlo el artificio dramático? Toda producción del arte se compone de dos elementos distintos: la estructura y la esencia; el cuerpo y el alma. Cuánto es más importante la segunda que el primero, no es menester decirlo; pero así como es difícil adivinar un alma hermosa en un cuerpo contrahecho y exiguo, así, en el poema dramático sobre todo, el artificio pobre y mal combinado debilita y encubre las bellezas del pensamiento.

Nunca fue ni será bastante en España para componer una tragedia inventar dos o tres confidentes que escuchen impasibles de boca de sus dueños, o se cuenten entre sí lo que haya pasado o vaya sucediendo en el transcurso de la obra, y un mensajero o personaje episódico que en minuciosa relación describa su desenlace.

No quiere tampoco el público de nuestros días ver a Medea, por ejemplo, siempre furiosa e irritada contra su pérfido amante, formar desde luego y llevar a cabo, sin obstáculo moral ni material, el propósito de dar muerte a Creón y su hija, prometida esposa de aquél, para clavar después el hierro homicida en el pecho de sus propios hijos. El público de nuestros días quiere que la acción de la obra dramática se enlace primero para ser desenlazada después; y no que sea, como sucede en la tragedia puramente clásica, un desenlace prolongado. El público de nuestros días querría que Medea no fuese sólo la venganza; querría que fuese el amor, el sacrificio, el desengaño, el dolor, la cólera, los celos, la mujer y la madre, y la venganza, al fin, triunfadora de todo.

Voltaire, más atrevido que sus predecesores y coetáneos, deploraba ya la esclavitud a que el ingenio se veía reducido en su patria y envidiaba la cualidad soberana del teatro inglés. He aquí el secreto: el teatro inglés había tenido a Shakespeare por padre, así como el teatro español debía la vida a Lope de Vega y Calderón. El más alto privilegio de los seres prodigiosos, que verdaderamente pueden llamarse creadores, es el de transmitir su espíritu a las generaciones futuras. El de Shakespeare vivía y vivirá siempre en Inglaterra, como el de Lope y Calderón en España. La rica y portentosa vena de estos tres colosos ha dado un carácter indestructible a entrambas literaturas. La bandera enarbolada por ellos ondea todavía triunfadora en ambas naciones sobre las ruinas de la tradición, proclamando la libertad del ingenio.

Y, por otra parte, ahora sólo van muchos al teatro a matar el fastidio durante algunas horas, y el autor dramático se dirige a una multitud que, al comenzarse la representación, apenas puede desprenderse de los graves o ridículos pensamientos que la absorben. La política, en que hoy interviene desde el más alto al más pequeño, y tanto preocupa a todos; los azares de las operaciones mercantiles, alma de las sociedades modernas; el afán desmedido de medro, que, merced a fabulosos ejemplos de fortunas improvisadas, punza y excita a los más humildes; el necio alarde de no pequeña parte de nuestra juventud de desdeñarlo todo y burlarse del dolor ajeno, así en la realidad como en la ficción; la ridícula manía de los muchos que siempre están dispuestos a satirizar lo humano y lo divino con tal de hacer reír a costa del prójimo; los celos literarios, tan enconados hoy que a veces no perdonan ni a los ingenios más ilustres; la envidia, prodigiosamente desarrollada y más despierta que nunca; la impaciencia, soberana absoluta del siglo XIX; todo, todo conspira contra el escritor dramático en la refinada y turbulenta sociedad en que vivimos.

Ahora los buques surcan los mares sin necesidad de viento que los impulse; el vagón vuela inflamado por la llanura, destruyendo la distancia; la palabra cruza el espacio en alas del pensamiento; mil y mil portentosos descubrimientos se suceden a la carrera; atropéllanse los trastornos que mudan la faz a los pueblos; todo es agitación y vida, todo tiene proporciones colosales: el amor y el odio, la cobardía y el heroísmo, la perfidia y

la lealtad, la frivolidad y el arrebató, el indiferentismo y la abnegación, la duda y la creencia; y gastada el alma a fuerza de nuevas y terribles impresiones, la sociedad es otro Prometeo, y el ansia de la novedad, buitre insaciable que le devora las entrañas. Y para conmover el alma y fijar la atención de un auditorio del siglo XIX, ¿no será preciso retratar su vida, su agitación, su manera de ser, ese indefinible conjunto de miseria y grandeza, en todo poema que aspire a obtener su aprobación en el teatro? ¿No será preciso romper, pulverizar las cadenas de la tradición, haciendo que la tragedia interese y conmueva como el drama moderno, aun cuando pierda algo de su severidad majestuosa?

Menos desabrida sencillez, más lógico artificio; menos descriptiva, más acción; menos monótona austeridad, más diversidad de tonos, más claroscuro en la pintura de los caracteres; menos cabeza, más alma; menos estatua, más cuadro.

Tal debería ser la tragedia, o mucho me engaño, queridísimo amigo, para lograr carta de naturaleza en la España de 1853.

¿Son éstas las alteraciones que me he propuesto introducir en la presente obra? -No me he propuesto introducir ninguna. Exacto regulador de mis propias fuerzas, no he intentado descubrir un nuevo rumbo, y sólo el irresistible incentivo de mis gustos y tendencias particulares me han impulsado a hermanar algún tanto en ella el elemento moderno con el antiguo.

Decidido a ensayarme en el género de que se trata, y creyendo que esta tragedia, mejor que otra alguna, podría tener en nuestros teatros ventajosa interpretación por la índole especial de los personajes que en ella figuran, di principio a tan ardua tarea con el calor de un entusiasmo virgen todavía, y animado, sobre todo, por la firme convicción de que la excelencia del asunto sería escudo protector a las imperfecciones de su desempeño. El pobre edificio construido por mi débil numen se apoya en dos fortísimas columnas: el amor a la honra, el amor a la libertad. Si mi Virginia desagrada, mía es toda la culpa; si, por lo contrario, alcanza éxito feliz, a aquellos dos sentimientos, tan puros como grandes, seré deudor de toda la gloria.

Muchas eran las tragedias escritas sobre el mismo asunto; pero ninguna de ellas goza de gran popularidad, exceptuando una sola, que tampoco es la obra maestra de su autor. Esta reflexión, y la no menos convincente de que casi todos los asuntos teatrales de la historia romana están beneficiados en multitud de producciones trágicas, me alentaron a arrostrar aquel inconveniente teniendo también en cuenta la circunstancia de ser bastante pálidas y desabridas las Virginias trazadas por pluma española. Mairet, Duteil, Leclerc, Chabanon, Le Blanc, Campistron, La Harpe y Latour de Saint-Ibars, en Francia; Alfieri, en Italia; el Conde Leopoldo, en Suecia, y Juan de la Cueva, Montiano y Ledesma, en España, entre otros, han presentado en obras dramáticas la muerte de Virginia y la caída del decenvirato. Conozco las de Alfieri, Latour de Saint-Ibars, Leopoldo, Montiano y Ledesma, y la traducción que de la del primero hizo tan hábil y vigorosamente nuestro erudito Solís. Las otras de que tengo noticias no han llegado a mis manos.

El grandilocuente arrebató de la de Alfieri, los rasgos atrevidos y gran tesoro de bellezas de la de Latour de Saint-Ibars y las patéticas situaciones de la del Conde Leopoldo, hacen resaltar a mis propios ojos las imperfecciones y bajeza de la mía; pero aún me lisonjeo de que, comparada con las de Montiano y Ledesma, podrá sostener con ventaja la competencia.

Alfieri presenta a Virginio por primera vez en la mitad de la obra, sabiendo ya la atroz desventura de su hija; Montiano sólo le hace intervenir en el final. Yo he creído, con Latour de Saint-Ibars, que para que después interesasen hondamente sus dolores era preciso darle a conocer primero como virtuoso ciudadano y amorosísimo padre;

prefiriendo parecerme a este último escritor, en la dura alternativa de tener que parecerme a alguno de los que antes que yo habían dado vida literaria a este suceso. Más padre que romano, tal como sistemáticamente se comprende este carácter, mi Virgilio se diferencia por esta circunstancia de los demás que conozco, y creo que, mal o buena, es creación que exclusivamente me pertenece.

Lo mismo puedo decir, y tal vez con más sólida razón, del decenviro Claudio, cuyas fuertes y variadas tintas difieren en todo de las que hasta ahora se habían dado a este personaje. Cobarde y temerario a la vez, teme al noble soldado y al antiguo tribuno; teme a Roma; ríndese falto de aliento y vida no bien se alza delante de sus ojos el airado fantasma de la superstición, y tiembla de sí mismo; pero ni la tierra ni el cielo pueden detenerle en su carrera, y, simbolizando siempre la obstinación más ciega y desordenada, atropella todos los obstáculos y corre de escollo en escollo hasta precipitarse en el abismo.

Icilio, que en la Virginia del enunciado trágico francés ha sido eliminado de la fábula y eclipsa completamente a los demás personajes en la de Alfieri, descuella en la mía mucho menos que cualquiera de los tres en que literaria, histórica y filosóficamente debe de estar reconcentrado el interés de la acción, sin dejar por esto de tener vida propia, como encarnación del amor a la libertad y del odio a la tiranía.

También he procurado dar a mi Virginia distinta esencia de la que anima a las demás, y éste es quizá el carácter en que resulta más visible cierto consorcio del gusto antiguo con el moderno. Sobrio y severo, tiene, sin embargo, movimiento y variedad. Virginia teme y espera, suplica y manda, llora y resiste, ama la vida y muere. Verificadas las ceremonias con que entre los romanos se efectuaba el matrimonio, Virginia es conducida en mi tragedia, con arreglo a dichas ceremonias, a la casa de su marido. Pero, abandónala éste, animado por ella misma, antes de haber logrado la casta dicha de llamarse suya; y muriendo virgen por su honra, creo que el carácter de la que históricamente era prometida esposa de Icilio no pierde nada con semejante modificación, ya se le mida con el compás de la historia, ya se le contemple a la luz de la poesía. El cuadro a que podía dar lugar la presencia de la esposa en casa del esposo pareciome por extremo galano, y supuse a la vez que hacer depositaria a Virginia de su propia honra, de la del padre y de la del esposo, era en cierto modo completar el símbolo y dar al carácter más vivo interés. Y a ser éste un pecado, juzga tú, amigo mío, si pecado tan venial merece absolución, previa la penitencia de pedirla que voluntariamente me impongo.

El último acto de mi tragedia y el de la de Latour de Saint-Ibars sólo se componen de dos escenas semejantes. Ambas son puramente históricas, y están, por tanto, bajo el público dominio. Nadie ignora, mi querido Manuel, que, según la práctica de aquellos tiempos, los acusados, vestidos de luto y seguidos de sus deudos, se presentaban al pueblo a fin de interesarle en su favor, recordando los servicios que habían prestado a la patria, y muchos historiadores refieren, además, detalladamente, cómo Virgilio y su familia apelaron a este recurso extremo. Esta es la primera de ambas escenas referidas. Nada debo decir acerca de la segunda, que es la del juicio.

Virginia, al recibir el golpe mortal, exclama, dirigiéndose a Claudio: «Tirano, ya soy libre.» Semejante rasgo, que tiene exacta equivalencia en Alfieri y Latour de Saint-Ibars, brotó naturalmente de mi pluma; porque, ¿qué ha de decir el padre que mata a su hija para que no sea esclava, o la mujer que recibe la muerte para librarse de la esclavitud? Demás de que dicho rasgo, consignado en la historia por Tito Livio, ha sido formulado de distintas maneras por escritores antiguos y modernos.

Después de concluida mi Virginia, me he ocupado en la ridícula tarea de dar diverso giro a varias situaciones y no pequeño número de pensamientos que, como era de todo

punto indispensable que sucediese, tenían semejanza con otras situaciones y otros pensamientos de obras ajenas sobre el mismo asunto. Si todavía hay en la presente reminiscencias o imitaciones, culpa es, más que de un deliberado propósito, de la absoluta imposibilidad de que una Virginia escrita en 1853 sea completamente original en la acepción que hoy se da a esta palabra. Bástame que lo sea, por más que coincida a veces con alguna de sus hermanas en las dotes de expresión, en las más importantes situaciones, en la pintura de los caracteres, en el plan general de la fábula, en el lazo que une todos los sucesos y en el espíritu que les infunde ser y vida.

Triste situación la mía al pesar en mi conciencia lo mucho que el público merece y lo poco que yo puedo darle. Pero fortaléceme el recuerdo de su benevolencia para conmigo en otras ocasiones, y la convicción profunda de que no puede ser indigna de toda gracia una obra en que, a vueltas de graves y numerosos defectos, hijos de la inexperiencia y de la escasez de ingenio, brillen como exhalaciones entre nubes el estudio, el entusiasmo, la constancia y la fe.

No es modestia, mi querido amigo, la ridícula hipocresía que ha tomado su nombre y obliga a algunos escritores a condenar previamente la obra que someten, sin embargo, al fallo del público. El poeta que, ajeno a toda pasión bastarda, acaricia y alberga en lo más íntimo de su corazón la idea fija, compañera inseparable de su ser; ya miserablemente pequeño, ya grande a sus propios ojos; siempre en lucha, muerto para el mundo real, vivo sólo para el mundo resucitado por su fantasía, no puede ni debe condenar hipócritamente la casta concepción, fruto de incesantes vigiliadas y de no resarcibles amarguras. La verdadera modestia consiste en la duda, en la horrible duda que emponzoña el corazón del poeta, y es uno de los más amargos tormentos de la vida, hasta que, al fin, queda resuelta en la azarosa noche de una primera representación; noche en que el triunfo es para él una sensación dolorosísima, porque, rendido el ánimo, no se encuentra con fuerzas para soportarla.

Los errores como los aciertos de mi Virginia han tenido un mismo manantial: el corazón, que tantas veces nos engaña y tantas otras nos ilumina. No; no se hallarán en la mía aquellas dotes que más ilustran las buenas obras de esta clase, y son, por lo regular, fruto de una vasta erudición y larga experiencia. Mi Virginia no es la obra trazada por la madurez de los años, que todo lo medita y analiza con fría calma, vencedora del entusiasmo la reflexión. Mi Virginia es hija de la ardorosa juventud, que siente más que reflexiona y se deja arrebatar en ímpetu irresistible para caer a veces, como Ícaro, despeñada. Virginia es hija del ciego entusiasmo, que sólo puede retratarse a sí mismo. Yo, como Claudio, me he gozado en escarnecer a un gran pueblo; yo he amado a Virginia con el amor de esposo y con el amor de padre; yo he sentido estremecerse mis entrañas al clavar en su pecho el hierro homicida; yo me he levantado con Roma gritando venganza y libertad, para derrocar al infame opresor. Feliz mil veces, adorado Manuel, ese loco que se llama poeta.

Felices los que nunca conocieron la vana presunción que ciega los ojos del alma, ni el seco egoísmo que sólo vive dentro de sí propio, ni la voraz envidia que a sí misma se despedaza. Felices los que, saciado en un mundo ficticio el incontrastable anhelo de sensaciones fuertes y desconocidas que hoy atormenta al hombre, tranquila la conciencia y libres de todo doloroso recuerdo, sólo vuelven a la existencia real para convertir el pecho depurado a sensaciones de tierna piedad y desinteresado amor.

Felices los que osan mostrarse a la luz del día sin la ridícula máscara con que hoy el crimen disfraza a la virtud. Felices los que pueden hacer propia la ajena satisfacción y dar cabida en su alma a la humanidad entera.

Y dichoso también mil veces, con la dicha de ser tu hermano adoptivo,

MANUEL TAMAYO Y BAUS.



Madrid, 19 de diciembre de 1853.

Cuando recibí, Manuel querido, la elocuente epístola con que ha tenido a bien honrarme tu cariñosa amistad, formé deliberadamente el propósito de no decirte acerca de ella la menor cosa y de remitir al tiempo la respuesta. Cumplida la has recibido ya del público, y tan satisfactoria y envidiable como la esperaba y apetecía el fraternal amor que desde la infancia te consagro. Tu Virginia es el más vivo ejemplo, la más expresiva confirmación de la doctrina que estableces en tu carta.

Tragedia, y tragedia revestida de la severa majestad de formas del gusto clásico, tal como ha sido comprendido desde que prevaleció en Europa la imitación de la dramática francesa, Virginia ha conseguido en la primera escena de esta corte uno de los más altos triunfos que puede ambicionar el alma, abierta a los nobles sentimientos hijos del entusiasmo y de la gloria. Aquí, donde por falta de educación literaria no hay gusto formado para apreciar debidamente el mérito de creaciones de cierta elevación y grandeza; aquí, donde se ha perdido, en el oleaje de la revolución apellidada romántica, hasta la memoria de la tradición antigua, nunca muy autorizada entre nosotros, Virginia ha logrado esclavizar la atención del público, subyugar su corazón, conmoverlo, entusiasmarlo, y anular para siempre la falsa idea de que la tragedia era, y no podía menos de ser, planta exótica en nuestro suelo.

¿Qué causas han contribuido a la realización de este singular fenómeno? ¿Por qué ha triunfado tu Virginia de la prevención desfavorable que abriga contra el género trágico la mayor parte de nuestro público? Porque has logrado hacer que en ella prevalezca el arte sobre el artificio, sobre la declamación el sentimiento. Porque la verdad impera al cabo hasta en el alma de los que no quieren oírla. Porque has pedido inspiraciones al corazón, formas al buen gusto, modelos a la naturaleza, nueva siempre y siempre rica para los que saben utilizar sus tesoros, y el corazón, la naturaleza y el buen gusto no han sido avaros de los suyos para contigo. Y en verdad que no han de arrepentirse con su largueza cuando consideren el digno empleo que ha hecho de ellos tu generoso entusiasmo.

Yo, que soy joven como tú, que tengo también la fortuna de abrir un alma joven y que rindo culto idólatra a la belleza del arte, bien que jamás hayan dominado mi espíritu las caprichosas exigencias de gustos sistemáticos o exclusivos, no sólo creo que es condición imprescindible en las obras del ingenio atemperarse a la índole y circunstancias de la época que las produce, sino que juzgo de absoluta necesidad el proscribir las definiciones consagradas hasta ahora por críticos y preceptistas para determinar los diversos géneros literarios; definiciones que, por estar fundadas en la vana exterioridad de los objetos más que en la esencia vivificadora que los anima, son muchas veces tan erróneas como todo lo que es superficial y arbitrario.

Dices, y con sobrada razón lo aseguras, que en los productos del arte, la forma, aunque importantísima, es secundaria y debe amoldarse a experimentar las transformaciones que experimenten, en el vario curso de los tiempos, la civilización y las costumbres. Esta doctrina liberal, hija legítima del cristianismo, que va prevaleciendo en Europa merced a los heroicos esfuerzos de la crítica moderna, y que expones y autorizas en tu carta con tanta lucidez y fuerza de lógica, es la única racional, la única verdadera, la única digna de fijar la consideración de los hombres pesadores. Profesándola con el ardor que la profesas, tienes mucho andado para llevar a cabo la regeneración profunda y filosófica de la tragedia. Sigue, pues, por el camino en que tan gran paso acabas de dar con tu Virginia. Afortunadamente, has encontrado lo que ni siquiera sospeché que

llegases a encontrar: un público de bastante ilustración y criterio para comprender las bellezas de detalles que mal pudieran percibir gustos poco depurados.

Esta circunstancia, de feliz augurio para los amantes de lo bello, acredita que la buena semilla prende siempre cuando el terreno es fecundante; cuando las manos, a veces inexpertas, que en él la arrojan, tienen la suficiente perseverancia para no desmayar aunque tarden en coger el fruto, aunque digan las apariencias que sus esfuerzos serán perdidos. Si es ilusoria esta creencia, permite, querido Manuel, que, estimándola real, me consuele con ella de los infinitos sinsabores que he debido, en el espacio de ocho años, a la firmeza con que, en todo género de luchas, he sustentado la que hoy me gozo en apellidar nuestra fe artística. Ya que no he sido el último en contribuir a la reforma del gusto que empezamos a saborear, y que vuelve provechosamente la atención de nuestro público, distraída en futilidades poco dignas, al cauce profundo y trascendental del arte que siente y piensa, deja que me lisonjee con la esperanza, engañosa si se quiere, de que alguna parte de gloria me ha de tocar en la saludable regeneración que se está verificando. Sin esta dulce esperanza, ¿no habría desfallecido mil veces nuestro espíritu, extraño al egoísmo interesado y calculador de los mercaderes que profanan el templo en que la belleza del arte se custodia?

Ajeno fuera de este lugar detenerme en el examen de tu Virginia, o entrar a discutir lo que expones acerca de las circunstancias del público y de las que hoy debe tener la tragedia para aclimatarse entre nosotros. Tú, que conoces mi modo de pensar como el tuyo propio, y que, por tanto, posees la justa medida de mis opiniones y creencias, sabes que profeso ha tiempo las que proclamas con tan ardorosa convicción, y que estamos completamente de acuerdo. Siempre he juzgado que el drama (llámese tragedia, comedia o lo que se quiera), más que rebuscada sencillez, más que afectación tradicional, más que símbolos poéticos de convención, necesita pintar con el ingenuo candor de la poesía la verdad de la naturaleza. De este modo, cuando el pensamiento que deba hacer perceptible exija, para su más eficaz determinación, el empleo de personajes simbólicos, hará por que semejantes símbolos se compongan de elementos verdaderamente humanos. El corazón del hombre no puede interesarse profundamente si no percibe en la abstracción la realidad, si no ve delante de sus ojos la mezcla de grandeza y pequeñez, de elevación y bajeza, fruto de la pugna en que, por lo común, suelen estar las sublimes aspiraciones del espíritu con la sordidez de la materia.

Pero insensiblemente me desví de mi propósito, y quiero volver a él olvidándome de que soy crítico, malo o bueno, para hablarte sólo como amigo; para gozarme en tu gloria sin reserva de ninguna especie; para apartar la vista del lastimoso cuadro de envidias y flaquezas que ofrece el campo de nuestra literatura cada vez que nace una planta rica en frutos de buen sabor y duradera fragancia. El triunfo de tu Virginia, que desde hace doce días llena el teatro del Príncipe de un público que no cesa de aclamar, me ha proporcionado satisfacción tan intensa y pura, que no la concibe mayor el alma. Ni ha faltado al mérito de tu obra la sanción que prestan a lo que a todas luces es bueno los alaridos de la envidia; sólo que esta vez los alaridos se han convertido en sollozos, exhalados vergonzosamente por el despecho en el fondo de la oscuridad.

Ya que conoces los elementos vitales de la sociedad de nuestros días; ya que has puesto el dedo en la llaga, desentrañando, ayudado de la meditación y del estudio, lo que ha sido hasta ahora la tragedia llamada clásica, y lo que puede y debe ser en adelante, pon mano esforzadamente en la obra de su completa regeneración. Ya que le has dado principio tan felizmente, procura llevarla a cabo. La duda que abriga tu corazón respecto a las facultades de tu espíritu, esa duda, origen verdadero de la modestia, según dices en tu carta, hará que salgas airoso en tan arduo empeño. La inteligencia, que sin nimios escrúpulos desconfía razonablemente de sí propia, casi siempre hace prodigios. Y harto

lo es, en mi concepto, haber escrito a veinticuatro años de edad una tragedia como Virginia, harto haber hermanado con el vigor y lozanía de la juventud la sobriedad y madurez, producto de los años y de la experiencia. Verdad es que la imaginación del hombre de genio vive largos años en un minuto. Tan grande es el poder de la intuición en las almas nacidas para la gloria.

Dos palabras y concluyo: otorgo el permiso que me pides para dar tu carta a la luz del público; pero exijo de tu amistad que des al mismo tiempo la mía. Es un tributo de admiración que te rinde mi amor al arte; es una prueba de cariño que tu santa madre en el cielo y tu buen padre en la tierra se gozarán en que publiques, por ser verdadera y por ser mía, y no quiere rehusarles este placer tu hermano adoptivo,  
MANUEL CAÑETE.

## PERSONAJES

VIRGINIA

CAMILA

SILVIA

OCTAVIA

EMILIA

VIRGINIO

APIO CLAUDIO

ICILIO

MARCO CLAUDIO

AULO

UN AUGUR

MARCIO

SERVILIO

DECIO

UN POETA

UN TRIARIO

UN CIUDADANO

Dos camilos, tres mancebos, amigos y esclavos de VIRGINIO, ídem de ICILIO, ídem de APIO CLAUDIO, clientes del mismo, triarios, soldados, lictores y pueblo.  
Roma. -305.

Acto primero

Atrio de casa de ICILIO. Gran puerta en el foro, por la cual se distingue el vestíbulo; en segundo término un lecho; en las paredes, trofeos militares con toda clase de armas.

Escena I

ICILIO y VIRGINIO, sentados en el lecho. Después, AULO.

ICILIO

Deja que el pecho en júbilo palpite;

deja que eleve a númenes propicios

ardiente voz de gratitud, y encomie

de Virginia el encanto peregrino.

Y tú, que debes al triunfante arroj  
5

lauro envidiable, y sin igual prestigio

a la virtud doméstica, modelo

de padres de familia y de caudillos;

tú, que me diste en la mujer amada

de inocencia y beldad raro prodigio,  
10

benigno acoge el férvido tributo

que de eterna amistad te rinde Icilio.  
VIRGINIO

Tuya será la cándida Virginia,

que en este lazo mi ventura cifro.

Ya a los amantes convirtió en esposos  
15

el sacro farro entre los dos partido;

ya desde el ara la potente Juno

vio la sangre correr del sacrificio:

sin más tardanza la reciente esposa

quedará sometida a tu dominio.

20

¡Y yo dichoso, que premiarte puedo,

yo, que nunca olvidé los beneficios

que en otro tiempo te debió la patria,

cuando tu voz y arrojo tribunicio

eran espanto al pérfido magnate,

25

consuelo y esperanza al afligido!

ICILIO

¡Gloria que huyó veloz! -Tu acento aviva

el recuerdo, un instante fugitivo,

de la presente mengua. ¡Oh patria! ¿Cómo

te dejaste engañar y a diez inicuos

30

tu libertad fiaste? Y ¿cómo, ¡oh dioses,

protectores del Lacio!, envilecido

lo veis, y el rayo vengador no lanza

Júpiter a la tierra? Al fin pudimos

romper un día la coyunda infame

¿y hoy suspiramos en el propio abismo?

¡No hay escarmiento a la torpeza humana!

Tal es de un pueblo el mísero destino:

caer mil veces en el propio lazo;

por culpa igual sufrir igual castigo.

40

VIRGINIO

Alguien se acerca.

ICILIO

Es Aulo.

VIRGINIO

Enojo y duelo.

muestra su torva faz.

AULO

Salud, amigos.

VIRGINIO

Di, ¿qué sucede?

AULO

El venerable anciano

a quien debió la patria más servicios;

el valiente adalid que en cien batallas

45

dio de valor ejemplos infinitos,

el héroe augusto, el semidiós de Roma...  
VIRGINIO

¿Dentato?  
AULO

Sí; Dentato ha sucumbido.  
ICILIO

Luchando siempre como bueno.  
AULO

Astutos

lo han matado a traición los decenviros:  
50

que amar la patria cuando yace opresa

es ofender al que la oprime altivo.  
VIRGINIO

¿Será verdad?  
AULO

El rencoroso Claudio,

oyendo sus clamores repetidos,

temió su audacia, y lo envió a la lucha  
55

para que nunca retornase.  
VIRGINIO

Dinos

cómo se perpetró tan negra infamia.  
AULO

Pronto a la voz del general, Sicinio



a recorrer el campamento sale

con cien soldados que le da el inicuo,  
60

y no bien llegan a paraje oculto,

acométenle todos de improviso.

Como tigre y león potente y ágil

resguárdase la espalda con un risco,

y el rudo choque impávido resiste,  
65

en otros cien su acero convertido;

y nunca al bravo campeón rindieran

a no apelar a infames artificios.

Flechas le asestan, y entre tanto algunos

subiendo al monte que le presta arrimo,  
70

con duras piedras su cerviz quebrantan,

y acero y alma rinde a un tiempo mismo.  
ICILIO

¡Fiera traición!  
VIRGINIO

¡Oh ilustre compañero!  
AULO

¿Y nosotros cobardes lo sufrimos

cuando un acento, un soplo bastaría  
75

a vengar los ultrajes recibidos?  
ICILIO

Cese el infame abatimiento, caigan

Apio Claudio y sus cómplices malditos.  
VIRGINIO

Las sabias leyes de la culta Grecia,

trasplantadas a Roma por Sulpicio,  
80

Manlio y Postumio en venturosas naves

que el fiero mar acarició sumiso,

por ellos rigen.  
AULO

En las doce tablas

para escarnio y baldón las han escrito,

al propio tiempo las de Roma hollando,  
85

para saciar su anhelo desmedido,

perpetuo aclaman el poder que un día

redujo el pueblo a término preciso.

ICILIO

Para hacer leyes lo pidieron sólo;

no para hacer esclavos se lo dimos.

90

¡Oh cara libertad! ¡Oh patria mía!

VIRGINIO

Modérese tu afán y espera, Icilio.

ICILIO

¡Es la esperanza el único tesoro

que a la opresión no cede el oprimido!

Pronto remedio nuestro mal exige.

95

Ya de los diez varones elegidos,

uno manda cual déspota inhumano.

¿Qué resta ya del patrio poderío?

¿Qué fue de aquellos venerables padres

que dio al Estado Rómulo Quirino?

100

¿Dónde el tribuno que en el monte Velio

se alzó calmando el popular bullicio,

y fue sostén de las augustas leyes?

Todo, todo acabó; y en tal conflicto

inerte el pueblo su cadena arrastra  
105

y en mudo asombro gime; los patricios

el miedo alivian en nefarios goces;

duerme el Senado al campo retraído.

Ved al Ecuo en el Algido triunfante

y amenazando a Túsculo; al Sabino  
110

en el Ereto vencedor; rendidas

las águilas de Roma; dentro vicio

y tiranía y desaliento; fuera

mengua y espanto y robo y exterminio.  
VIRGINIO

De ambos tribunos el arrojo aplaudo;  
115

mas todavía os cumple reprimirlo.

Al rey clemente de la ninfa Egeria

ciego amador, benéfico Pompilio,

Roma idolatra; pero Hostilio y Marcio

y Tulio expiran en su sangre tintos,  
120

y al fin el trono de los reyes vuelca

el golpe audaz de Bruto y Colatino.

La fuerza de los cónsules no basta

si Mavorte se muestra enfurecido,

y álzase el Dictador que lucha y vence,  
125

pero cuyo poder juzga excesivo

la altiva Roma; de los diez varones

hoy nos abruma el yugo aborrecido.

El primero en odiar a los tiranos,

yo como tú pretendo combatirlos;  
130

pero evitemos nueva tiranía

antes de dar un golpe decisivo:

triunfemos, pues, del enemigo extraño

para hundir al doméstico enemigo.

Los breves días que el amor de padre

135

lejos del campamento me ha tenido

son grave peso al alma... Al fin ya puedo

volver a batallar con doble ahínco.

Mas vuela el tiempo, y entre tanto... mira:  
(Asomándose a la ventana y señalando.)

junto a mi albergue espera reünido  
140

el séquito nupcial.  
AULO

Camila llega.

Escena II  
DICHOS y CAMILA, que entra aceleradamente.

CAMILA

Corre, señor; te aguardan tus amigos

y tus parientes todos; con el huso

y la rueca tus siervos más adictos;

los dos camilos y los tres mancebos  
145

de la blanca pretexta revestidos.

Ya de Himeneo la risueña antorcha

aumenta el gozo con su claro brillo;

y al dulce son de las acordes flautas

prorrumpe el vate su cántico divino,  
150

enalteciendo el nombre de Talasio,

de las sabinas robador invicto.  
VIRGINIO

Corramos, pues.  
ICILIO

¡Virginia idolatrada!  
VIRGINIO

Muy pronto aquí la mirarás conmigo.  
(Vase con AULO.)

Escena III  
ICILIO, CAMILA y esclavos.

ICILIO

Esclavos, acudid.

(Gritando desde la puerta del foro. Los esclavos se presentan en la misma.)

Aquellos muros  
155

con mis tapices adornad más ricos,

y esta puerta cubrid de gayas flores,

que ante Virginia perderán su hechizo.

(Los esclavos empiezan a enguirnaldar la puerta. Otros cruzan por el vestíbulo cargados de tapices.)

¡Oh, cuán hermosa la verán mis ojos

cuando, elevada por los dos camilos,  
160

iris de amor, encanto de mi vida,

sin tocar el umbral llegue a este sitio!  
CAMILA

La blanca veste de purpúreas franjas,

el ceñidor que anuncia del marido

la próxima ventura, el casto velo  
165

que hurtó a la llama su color rojizo

y la guirnalda que tejió su mano,

y su cabello en trenzas dividido,

ya de Virginia púdica realzan

el noble aspecto y mágico atractivo.  
170

ICILIO

Los cielos hoy, anciana venerable,

supremo bien me otorgan compasivos,



que es la virtud de la mujer reposo,

dicha y valor del hombre. ¡Cuál bendigo

el que te debe generoso afecto!

175

CAMILA

¿Y cómo no quererla con delirio

si la estreché solícita en mis brazos

cuando exhalaba su primer gemido?

Yo de mi seno la miré pendiente

como de tosca vid pende el racimo,

180

y yo temblé por su preciosa vida

en raudales mis ojos convertidos,

hasta que al fin su juventud lozana

fue de mi yerta ancianidad abrigo,

y altiva pude contemplar el fruto

185

sazonado al calor de mis suspiros.

Dichoso tú que para eterna gloria

la arrancas hoy de su vergel nativo.

¿Oyes?

ICILIO

Se acercan. ¡Venturoso instante!

Mas no juzgues, ¡oh patria!, que te olvido. (Vase.)

190

CAMILA

¿Por qué, por qué cuando Virginia obtiene

el codiciado bien, cuando la miro

de insigne esposo en los amantes brazos,

cuando también mi anhelo está cumplido,

por qué en mi pecho a batallar comienzan

195

el gozo y el dolor brotando unidos?

Deidades protectoras de Himeneo,

benéficas prestadle vuestro auxilio.

(En este momento empieza a oírse una música de flautas, liras y sistros, que no cesa hasta la conclusión del epitalamio.)

Escena IV

CAMILA e ICILIO; en seguida AULO y VIRGINIO, sus parientes y amigos; esclavos con husos, ruecas y cestos de flores, y otro en que se supone estar la ropa de la desposada; tres mancebos con pretextas blancas; dos de ellos con teas encendidas en la mano y otro con la antorcha de Himeneo; esclavos de ICILIO (uno trae una ánfora y otro las llaves de la casa.) Después, VIRGINIA, que en medio de dos camilos se detiene en el vestíbulo, cerca de la puerta del foro.

ICILIO

¿Quién eres?

VIRGINIA

Caya soy.

ICILIO

Yo Cayo.

(Los dos camilos, sosteniendo en alto a VIRGINIA, hacen que entre en el atrio sin tocar el umbral de la puerta.)

VIRGINIO

El fuego

tocad y el agua, cual lo manda el rito.

200

(ICILIO y VIRGINIA sumergen en el ánfora las teas que han sacado dos de los mancebos.)

Ocúltese la antorcha de Himeneo

para que no se aplique a maleficios.

(El mancebo que tiene en la mano la antorcha de Himeneo desaparece con ella.)

POETA

Deja, deja el Olimpo, Himeneo:

solícito ven,

el placer derramando y la vida,

205

de mirto ceñida la cándida sien.

¿Qué tardáis, fortunados amantes?

Las almas unid;

y copiad en benéficos lazos

los dulces abrazos del olmo y la vid.  
210

¡Plegue a Jove que os den vuestros hijos

perpetuo solaz,

y a su pueblo, señor de la tierra,

el triunfo en la guerra, la dicha en la paz!

¡Oh momento! Desciende, Ciprina,  
215

bañada en fulgor;

que ya el mar y la tierra y el cielo

con férvido anhelo suspiran de amor.

La robada sabina le debe

diadema nupcial;  
220

él en pródigo gozo la inunda,

y Roma es fecunda, ¡Talasio inmortal!

¡Oh momento! Desciende, Ciprina,

bañada en fulgor;

que ya el mar y la tierra y el cielo  
225

con férvido anhelo suspiran de amor.  
ICILIO

He aquí las llaves del modesto albergue

con tu presencia al cabo embellecido.

Guárdalas fiel a tu deber de esposa;

guárdalas: te amo y en tu amor confío.  
230  
VIRGINIO

Eres su esposo. Abrázala.  
ICILIO

¡Virginia!

(Abrazándola.) El contento y la paz vienen contigo.

Bella en el rostro y en el alma pura,

trémulo el pecho de placer te admiro,

cual flor lozana cuyo seno esconde  
235

encantadora perla de rocío.

¿Por qué la frente silenciosa inclinas

y el velo del pudor amengua el brillo

de tus fúlgidos ojos, como suele

flotante nube el de Oríon divino?

240

Cese la turbación que te avasalla,

dame de esposo el nombre apetecido,

calma el afán de quien por ti suspira

y alienta sólo en tu beldad cautivo.

VIRGINIA

¡Señor!...

VIRGINIO

Habla, Virginia.

VIRGINIA

Bien, callando

245

el dulce objeto de mis ansias digo.

Pero si en día tan solemne debo

dar a la voz el sentimiento mío,

y así mi padre y mi señor lo mandan,

enmudezca el pudor y hable el cariño.

250

Amante ayer, a tu querella sólo  
respondió el corazón con sus latidos;  
esposa ya, mi corazón palpita  
y al propio tiempo ufana lo publico.

Del tierno padre que sumisa adoro  
255

diome cumplir el Hado los designios  
labrando mi ventura. ¡Cuántas veces

ojos y manos levanté al Olimpo

y a mis penates adoré postrada,

pidiéndoles tu amor, oh caro Icilio!  
260

Llegó el instante de llamarme tuya,

todo mi ser con júbilo te rindo;

amarte fiel hasta la muerte juro,

cumplir humilde tu menor capricho;

y de mi firme juramento sean  
265

los sacrosantos númenes testigos.

VIRGINIO

Yo ventura sin fin para vosotros

y algún consuelo para mí les pido.

¡Te di la vida, te adoré, te pierdo!

Así lo manda pródigo destino.

270

También yo un día la que fue mi esposa

arrebaté a sus padres; un marido

hoy te arranca a mi amor; del tronco viejo

fuerza es que se desprenda el fruto opimo.

Comprende bien la obligación sublime

275

que madre de familia has contraído.

Un yerro, tarde se remedia o nunca;

la ociosidad es llave del delito.

Sobria fatiga fortalece el cuerpo

y a un tiempo el alma; inútil regocijo

280

prudente evita: la mujer casada



brilla en el fondo de su hogar tranquilo

más que a la luz del sol. Intacta siempre

resplandezca tu honra, y si en peligro

se encuentra alguna vez, resiste, lucha,  
285

vence, o exhala tu postrer suspiro.

Si el tálamo nupcial produce flores,

árbol hallen en ti que les dé abrigo.

El temor que los Númenes reclaman

a tus hijos infunde; sus instintos  
290

dirige al bien; su entendimiento ilustra

con los altos ejemplos de otros siglos,

para que en Bruto al ciudadano adoren,

y al tirano aborrezcan en Tarquino,

y ávidos quieran derramar su sangre  
295

de Roma y libertad al santo grito.  
VIRGINIA

¡Padre del corazón!  
(Arrojándose en sus brazos.)

VIRGINIO

El llanto enjuga.

(Sin poder dominar su emoción.)

ICILIO

En rostro de mujer es nuevo hechizo,

¿mas tú, soldado valeroso?...

(En tono de cariñosa reconvención.)

VIRGINIO

Lloran

los soldados también si tienen hijos.

300

VOCES

¡Al Capitolio! ¡Al Capitolio! (Dentro.)

ICILIO

¿Voces,

y el crujir de las armas?...

VIRGINIO

¿Qué motivo?...

AULO

Ved cuál pasan guerreros.

(Señalando a la última puerta, por la cual se ve la calle.)

VIRGINIO

Vuela, inquiere...

(A AULO.)

ICILIO

Súbita alarma acaso...

VIRGINIO

¡El decenviro!

(Al ir a salir AULO, se presenta APIO CLAUDIO en la puerta.)

Escena V

DICHOS y APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, doce lictores y soldados. Después, seis triarios de la centuria de VIRGINIO.

CLAUDIO

¡Ay de Roma!

ICILIO

¿Qué nueva desventura

305

la amenaza?

VIRGINIO

¿Qué nuevo precipicio

a nuestras plantas se abre?

CLAUDIO

Las legiones

en otra nueva lid han sucumbido.

ICILIO

¡Oh mengua!

CLAUDIO

El campo de insepultos muertos

sembrado está.

VIRGINIA

¡Qué horror!

CLAUDIO

Y el enemigo

310

rápido avanza a esclavizar a Roma.

ICILIO

Cadáveres y templos derruïdos

podrá tan sólo esclavizar, si triunfa;

que no a Roma.

CLAUDIO

No bien cundió el aviso

ya vuelan en tumulto al Capitolio

315

fuertes guerreros y hábiles caudillos.

Tu legión parte al Algido; la tuya

al Ereto.)

(Dirigiéndose a VIRGINIO e ICILIO.)

ICILIO

Mis armas.

(Los esclavos descuelgan las armas de un trofeo y se las visten a ICILIO.)

VIRGINIO

Pronto, amigos,

seréis vengados.

VIRGINIA

¡Al tocar el gozo

verlo en humo fugaz desvanecido!

320

CAMILA

Con nuevo amor le abrazarás triunfante.

VIRGINIA

¡Ay, que de Roma se cambió el destino!

VIRGINIO

No siempre Roma gemirá vencida;

no siempre ha de correr su sangre a ríos;

no, que las armas de los pueblos libres  
325

triunfan al cabo, si con alto brío

leyes defienden y familia y honra

y patria y dioses.

TRIARIO

¡A lidiar, Virginio!

(Entrando seguido de otros cinco; uno trae la enseña del águila romana.)

VIRGINIO

Son mis triarios.

CLAUDIO

En tu busca vienen.

VIRGINIO

¡A vencer o morir!

CLAUDIO

Yo deposito

330

en tus manos el águila. Saturno

la custodió en su templo...

VIRGINIO

Honor debido

al centurión de los triarios.

VIRGINIA

Tiembla

cobarde el pecho, tiembla a pesar mío.

ICILIO

¡Virginia, la república me llama!

335

(Acercándose a ella completamente armado.)

VIRGINIA

Parte, lucha, sucumbe si es preciso.

ICILIO

De tu valor no dudo.

VIRGINIO

Es hija mía.

¡Roma ante todo!

VIRGINIA

Si morís, unidos

moriremos los tres: venced por ella,

y algo de vuestra gloria será mío.

340

VIRGINIO

¡Dioses del Lacio, sálvese la patria

y muera yo; pero que viva Icilio!

(Vanse todos, excepto CLAUDIO, MARCO, los lictores y los soldados.)

Escena VI

APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, lictores y soldados.

CLAUDIO

¡Corred ansiosos de renombre y lauros;

corred, que sólo encontraréis castigo!

Me odiáis: me vengo, y mi implacable furia  
345

sacio a la vez y mi anhelar más vivo.  
MARCO

Pero recuerde mi feliz patrono

que ha de quedar muy pronto desmentido

el supuesto revés que al pueblo alarma.  
CLAUDIO

Diremos todos que engañados fuimos  
350

por falsa nueva. Y si logré alejarlos

cuando ya la hospedaba este recinto,

¿qué importa lo demás?  
MARCO

Volver pudieran

el padre y el esposo.  
CLAUDIO

Fabio, Atilio,  
(Dirigiéndose a dos soldados.)

mi mandato cumplid.  
(Vanse los soldados. Dirigiéndose a MARCO.)

Con ellos parten

y en reservadas órdenes prohíbo

que a Roma vuelvan.  
MARCO

Luego ya es inútil

el plan que ayer contra Virginia urdimos.  
CLAUDIO

Si cede, inútil; si mi voz desoye,

tú su dueño serás mañana mismo.  
360  
MARCO

Cauto procede: la soberbia Roma

echa de menos su gobierno antiguo.  
CLAUDIO

Siempre los pueblos ávidos codician

lo que aún ignoran o lo que han perdido.

No bien se alejen buscaré a Virginia.  
365

La vi, y al verla, en férvido incentivo

mi pecho ardió; sucumba. ¡Así lo quiere

quien nació para ser obedecido!  
(Dirígese, seguido de MARCO, hacia la puerta del foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



Acto segundo

Larario u hogar en casa de VIRGINIO. Puertas laterales y una mayor en el foro. A la izquierda, el ara de los penates. A la derecha, en primer término, una ventana. En el ángulo de la izquierda, un lecho. Es de noche.

Escena I

VIRGINIA y CAMILA: la primera reclinada sobre el antepecho de la ventana; la segunda, hilando a la luz de una lámpara.

VIRGINIA

Pálida reina de la noche umbría,

mudo testigo de mi afán violento,  
370

rápido al fin desaparece, y brille

el suspirado resplandor de Febo.

Sólo una vez, de las nocturnas aves

llegó a mi oído el perezoso vuelo;

sólo una vez, a mis dolientes quejas  
375

con sus lúgubres ayes respondieron.

Ni ya, cual antes, se querella el Tíber

llorando el deshonor del patrio suelo;

ni el aire mismo a revolar se atreve

de la quietud esclavo y el silencio.  
380

¡Todo enmudece y su favor me niega!

¡Cuanto mis ojos ven, parece muerto!

Hija infeliz y desdichada esposa,

¿qué fue del gozo y anhelar inquieto

que ayer tu amante corazón llenaban?  
385

Los nupciales ornatos ¿qué se hicieron?

Torció su rueda la voluble diosa,

y arrancando a mi sien guirnalda y velo,

de esposa el nombre me dejó tan solo,

trocada la ventura en sufrimiento.  
390

¡Oh Icilio! ¡Oh padre! En las guerreras filas

marchando hacia distintos campamentos,

tal vez a Roma la mirada vuelven,

y amantes me consagran un recuerdo.

Tal vez, ¡ay triste!, en desigual pelea  
395

rinden la vida al enemigo acero.

Fieles penates, del hogar custodios,

como ofrenda acoged mi llanto acerbo,

único alivio a mi profunda pena,

único bien que en mi aflicción poseo.

400

CAMILA

No infundado temor tu pena agrave;

ya tenaz rechazando mis consejos,

has convertido en manantial de horrores

la que es plácida madre del sosiego.

VIRGINIA

¿Libre me juzgas del furor de Claudio

405

porque me oculte en el hogar paterno?

¿No me privó de los que pueden sólo

prestarme ayuda, y a su aleve intento

sólido muro alzar? ¿Desiste acaso

de atroz designio quien nació perverso?

410

¿No le viste siguiéndome implacable,

como si fuera sombra de mi cuerpo?

¿No me detuvo en las desiertas vías?

¿No turbó mi plegaria a Jove excelso

y al fin comprar tu lealtad no quiso?  
415

¿Has olvidado sus traidores hechos,

del vicio campeón, bárbaro azote

de la virtud? ¡Es Claudio; el monstruo fiero

que el llanto de sus víctimas apura,

y se nutre voraz de oprobio ajeno!  
420

Di que no tiemble al nauta, amenazado

por la furia de impíos elementos;

di que no tiemble a la infeliz paloma,

cuando el milano la persigue hambriento;

mas deja, deja que Virginia llore,  
425

deja que vele, minorando el riesgo;

deja que al padre y al esposo envíe

en las alas del aire sus lamentos.  
CAMILA

Pero si Claudio, cual recelas, fija

en nuestro hogar la planta, ¿qué debemos  
430

hacer? Responde.  
VIRGINIA

Valeroso el labio

de su deber le mostrará el sendero.  
(CAMILA se acerca a la ventana.)  
CAMILA

Cobra esperanza: la tiniebla odiosa

desciende ya del Aventino, huyendo;

ya en soplo leve el céfiro susurra,  
435

húmedo de rocío, y sus reflejos

manda a la tierra la naciente aurora,

el limpio azul en púrpura tiñendo.  
VIRGINIA

¡Cuánto es bella su luz tras noche horrible!  
(Aproximándose también a la ventana.)  
CAMILA

Ahuyente al par la sombra y tu recelo.  
440  
VIRGINIA

¡Padre del día, bienhechor del mundo,

yo te bendigo, y renacer me siento!

¡Oh!... No me engaño... Acércate, Camila.

¿No ves un hombre que en su toga envuelto,

hacia aquí se dirige? ¡Es Claudio!

CAMILA

¡Claudio!

445

VIRGINIA

Llega a la puerta.

CAMILA

¡Audacia sin ejemplo!

VIRGINIA

¡Y ábrela algún esclavo miserable

a quien temor o dádivas rindieron!

¡Míralo, y di si con razón temía!

CAMILA

¿Y pudo hacer que tus leales siervos...?

450

VIRGINIA

¡Ay! El malvado es fruto corrompido

que al sano comunica su veneno.

¿Qué logro retardando una entrevista

que no puedo evitar?... Vete.

CAMILA

Obedezco;

mas piensa...

VIRGINIA

Acude si mi voz te llama.

455

CAMILA

(¡Valedla, dioses!)

VIRGINIA

(¡Amparadme, cielos!)

Escena II

VIRGINIA y APIO CLAUDIO.

CLAUDIO

(¡Despierta, sola!) El decenviro Claudio

perdón te pide.

VIRGINIA

Gratitud le debo.

¿Cuándo el hogar del centurión Virginio

honra tal mereció?

CLAUDIO

Si en él penetro

460

no bien alumbra el resplandor del alba...

VIRGINIA

¿Es quizá porque fausto mensajero

nuevas te dio de mi valiente padre?...

CLAUDIO

Cesa y no ultraje tu desdén el fuego

en que por ti mi corazón se abrasa.

465

A repetir que te idolatro vengo.

VIRGINIA

Bien se comprende el móvil que te guía,

por más que así lo ocultes: tu deseo

es probar mi virtud; y cuando Icilio

y el tierno padre vuelvan, como en premio  
470

de su valor en la campal batalla,

referirles mi púdico denuedo.

¿Tú perseguir a la infeliz doncella,

mientras lucha y tal vez muere contento

el amoroso padre de familia

475

la libertad romana defendiendo?

Tú que gobiernas, y a la faz de Roma

debes favor a todos justiciero,

recompensar al ínclito soldado

con amargura eterna y vilipendio?

480



¿Ser un patricio, como nadie ilustre,

menos leal que el último plebeyo?

¡Nunca: imposible! Quien lo diga miente;

se engaña quien se atreva a suponerlo.

CLAUDIO

Fija la mente en codiciosos planes

485

miré el amor con lástima y desprecio,

hasta que Venus decretó sañuda

que en viva lumbre se cambiase el hielo;

y al ver tu rostro, me clavó en el alma

la aguda flecha del amor primero.

490

Sé que al amparo de tu padre, ofreces

a las más puras vírgenes ejemplo,

y aumentase el afán; que a Icilio adoras,

y hórrida tempestad rompe en mi pecho.

Juro olvidar el malhadado sitio

495

en que te vi, y a recorrerle vuelvo;

pasas, y miro tu divino rostro

jurando no mirarte al propio tiempo.

Contra el amor que me avergüenza lucho;

vana es la lid. Mi corazón soberbio,  
500

que armado en ira resistencia opone

al fuerte impulso de voraz deseo,

sucumbe al fin, y despechado late

cual ruda peña que estremece el viento.

Ya desistí de la tenaz porfía:  
505

ávido cunde el comprimido incendio,

y amado quiero ser. Mi nombre sabes,

dueño de Roma soy, y he dicho quiero.  
VIRGINIA

Ni al corazón se manda, ni me asusta

vano furor, ni Roma tiene dueño.  
510

Esposa, es fuerza que me acates; hija,

favor me debes; tu piedad merezco,

niña infeliz y sola; ciudadano,

ceder te cumple a mi ferviente ruego;

padre de Roma, en tan amargo trance  
515

contra ti mismo a tu defensa apelo.

¿Quieres que doble la cerviz? Humilde

me postro y lloro. Desarruga el ceño;

(Se arrodilla a alguna distancia de CLAUDIO. Este aparta de ella la vista.)

abre el seno a mis lágrimas: fecundo

en flores de piedad le hará este riego.  
520

¿Es por ventura apetecible hazaña

rendir a una mujer? Más digno objeto

reclama tu valor. El ¡ay! escucha

que dan al aire en crudo abatimiento

madres, viudas y huérfanas; contempla  
525

los campos de cadáveres cubiertos;

de extraño yugo amenazada Roma.

¿Y tú lo sufres? No; ¡que ya te veo

arder en nobles ímpetus! ¿Qué aguardas?

Débase el triunfo a tu incansable celo;  
530

y el bien de Roma codiciando solo,

dicha tendrás y plácido sosiego,

libre de infausto amor; que amor de patria

basta a llenar un corazón entero.  
CLAUDIO

Sólo tu amor codicio. ¿Y qué, pudiste  
535

ambicionar más alto vencimiento?

¿Débil mujer con su desdén me agravia,

y yo el agravio sin venganza dejo?

Venid, cobardes ciudadanos: todos,

sin que la lengua os paralice el miedo,  
540

decid si el hombre que su afán reprime

y suplica y aguarda, es el tremendo

decenviro, el tirano, el que dispone

de haciendas y de vidas, y a un acento

difunde en torno el júbilo, o de espanto  
545

hace temblar de Roma los cimientos.

¡Tampoco yo me reconozco ahora:

yo también de mí propio me avergüenzo!

Venid, venid y en mi baldón gozáos:

el que tigre os espanta es vil cordero.  
550

¡Venid, y el susto convirtiendo en mofa,

ved al tirano convertido en siervo!  
VIRGINIA

Déjame.  
CLAUDIO

No lo esperes.  
VIRGINIA

Me horroriza

tu amor.  
CLAUDIO

¡El de otro te seduce!  
VIRGINIA

Eterno

será al que a Icilio consagré.  
CLAUDIO

Desiste.  
555  
VIRGINIA

Nunca.  
CLAUDIO

Olvídale.  
VIRGINIA

¿Ignoras que un afecto

que en la virtud se funda, acaba sólo

con la vida? ¡Le adoro! ¡Te aborrezco!  
CLAUDIO

Pues bien, mía serás.  
VIRGINIA

¿Virginia tuya?

Sella el impuro labio.  
CLAUDIO

Estoy resuelto:  
560

tú misma el precio del favor señala.  
VIRGINIA

¿Yo vender mi virtud? ¡No tiene precio!  
CLAUDIO

Pues tiembla.  
VIRGINIA

En vano intimidarme quieres.  
CLAUDIO

¿Ignoras, desdichada, cuánto puedo?  
VIRGINIA

A reprimir y castigar delitos  
565

alcanza tu poder; no a cometerlos.  
CLAUDIO

El corazón de la mujer es cera.

El tuyo al fin se ablandará; lo espero.  
VIRGINIA

El corazón de la mujer romana

es cera a la virtud, al vicio hierro.  
570  
CLAUDIO

Lástima sólo tu desdén me inspira.

Yo postraré tu efímero ardimiento.  
VIRGINIA

¡Auxilio a Roma pediré!  
CLAUDIO

¿Y en Roma

quién puede más que el decenviro?  
VIRGINIA

El pueblo.  
CLAUDIO

Basta. Adiós, pues. Para luchar contigo  
575

tengo astucia y poder, y tengo celos.  
VIRGINIA

Para vencer en la contienda impía,

yo mi virtud y mi constancia tengo.

(Vase APIO CLAUDIO.)

Escena III  
VIRGINIA y CAMILA.

VIRGINIA

¡Camila!..., ven. ¡Camila!  
CAMILA

¿Fuese?  
VIRGINIA

Tanto

pude lograr.  
CAMILA

¿Qué hiciste, di?  
VIRGINIA

Primero  
580

responder con la súplica al agravio;

después con la arrogancia y el desprecio

desafiar su cólera, humillarle,

hacerle huir rabioso de despecho,

probarle que el valor que al hombre inflama  
585

cabe también en femeniles pechos!  
CAMILA

¡Oh, sí! Los dioses tu inocencia escudan.

Mas ya que el triunfo en su bondad te dieron,



al buen soldado que en la tregua atiende

a reponer el abatido esfuerzo,  
590

dócil imita, y tu zozobra acabe

en los tranquilos brazos de Morfeo:

que mal conserva su vigor el alma

si en largo insomnio desfallece el cuerpo.  
VIRGINIA

En tu adhesión y tu prudencia fío,  
595

y a obedecerte voy. Ya nada temo.  
CAMILA

Y Marte quiera que el bifronte Jano

cierre en breve las puertas de su templo.  
VIRGINIA

Cumple a los hombres defender con gloria

el honor de la patria combatiendo;  
600

guardar intacto a las mujeres cumple

el honor de los hombres. Lidien ellos

con armas en el campo; aquí nosotras

armadas de virtud lidiar sabremos.

Prendas del alma, cuya ausencia lloro,  
605

hoy nos amaga pérfido extranjero;

soldados sois: por el honor de Roma

impávidos luchad; yo guardo el vuestro.  
(Entra en su estancia.)

Escena IV  
CAMILA; después, ICILIO.

CAMILA

¡Amigo bienhechor del ser que llora,

inagotable fuente de consuelo,  
610

padre del hondo olvido, hermosa imagen

de la eternal quietud, pródigo sueño!

Sobre ella ejerce tu benigno influjo,

librándola de aciagos pensamientos.

¡Horrible fuera padecer velando,  
615

buscar reposo y padecer durmiendo!

Tú, que al agravio de enemiga suerte

dulce mentira opones, placentero

con ósculo de paz su frente sella,

bate a su alrededor tu manso vuelo,  
620

y plácidas imágenes sonrían

a quien busca en tu amor pronto remedio,

ya que afilando la insaciable garra,

torvo espera el dolor pegado al lecho. (Pausa.)

Mas ¿qué nuevo rumor?... ¿Será posible  
625

que torne Claudio?... Corro a detenerlo.

¡Icilio!  
ICILIO

¡Gracias, soberanos dioses!  
(Dando señales de fatiga.)

¡Al fin logré llegar, al fin aliento!  
(Dejándose caer en un lecho.)  
CAMILA

Cómo, señor, ¿tú en Roma?  
ICILIO

Al punto, corre,

llama a Virginia.  
CAMILA

Mírala.  
ICILIO

Durmiendo.

630

CAMILA

¡Ha padecido tanto!

ICILIO

¡Horrible duda!

¿Quién su dolor motiva?

CAMILA

¡Ay! El exceso

de mal tan grande adivinar no puedes.

ICILIO

Lo ignoro aún, pero si a Roma vuelvo

es porque el alma resistir no pudo

635

a la voz de fatal presentimiento.

¡Y ojalá que me engañe! Ayer que el lauro

iba a lograr de mi ferviente anhelo,

el decenviro de mi bien me aparta,

falsa derrota, astuto, suponiendo.

640

El fiero Atilio, que cayó en mis brazos

herido por sus propios compañeros,

ultrajados por él, llevaba ocultas

órdenes misteriosas, prohibiendo

que yo a Roma volviese... La perfidia  
645

del proceder de Claudio..., el desenfreno

de sus nefandos vicios..., la hermosura

de Virginia... ¡Mil dudas!... ¡Mil recelos!...  
CAMILA

Habla: ¿recelas?...  
ICILIO

Que el protervo Claudio

ama a Virginia.  
CAMILA

¡Desdichado, es cierto!  
650  
ICILIO

¡Oh!, sí: se engaña el corazón que espera,

mas no el que teme... ¡Apenas me sostengo!...

¡Valedme, amor y libertad!... Inicuo.

¿Lo que ofreciste al mendigar tu puesto

de esta manera se nos cumple? Siempre,  
655

(CAMILA cierra la puerta del aposento de VIRGINIA como para que la voz de ICILIO

no la despierte.)

vil opresor, empezarás pidiendo,

para negar después; siempre a tu lado

ha de tomar la ingratitud asiento.

¡Y Roma expira bajo infando yugo,

cáncer que pudre el alma de los pueblos!  
660

No: Roma vive. Si matarla quieres,

tirano, ven y máatala en mi pecho.  
CAMILA

Piensa en Virginia.  
ICILIO

Defenderla juro,

Aulo me ayudará; venga al momento.  
CAMILA

Ha largo rato le envié un aviso;  
665

pronto aquí le verás.  
ICILIO

Que el fiel Numerio

a la senda que al Algido conduce,

vuele en raudo corcel, y con secreto

diga a Virginio que regrese al punto,

que Virginia le llama; que muy luego  
670

podrá tornar al campo.

CAMILA

No es posible

que desoiga su voz.

ICILIO

Mas, dime, ¿el siervo

cuanto sucede ignora?...

CAMILA

Nada sabe.

ICILIO

Entonces, guía.

CAMILA

Por aquí. Volemos.

(Vanse por la puerta de la derecha.)

Escena V

APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO y cuatro esclavos, que entran por la puerta del foro. Después, VIRGINIA, y a poco, ICILIO y CAMILA.

CLAUDIO

Entrad. Aquí la vi.

MARCO

Tal vez medrosa

675

huyó a esconderse bajo amigo techo.

CLAUDIO

¡Por Júpiter! Mi encono redoblara

la empresa dilatando que proyecto.

Ella lo quiso: me rechaza libre,

esclava tuya depondrá el esfuerzo.

680

MARCO

Cesa, y escucha sus dolientes ayes.

CLAUDIO

Ven, pues, y a cabo nuestro plan llevemos.

(Abre la puerta de la estancia de VIRGINIA y se detiene.)

¡Dormida!

MARCO

Horrible agitación demuestra.

CLAUDIO

Tal vez mi sombra la persigue en sueños.

VIRGINIA

¡Claudio! (Dentro.)

CLAUDIO

No me engañé.

VIRGINIA

Detente..., aparta...

685

(Dentro.)

MARCO

Va a despertar.

VIRGINIA

¡Socorro! (Dentro.)

CLAUDIO

Aquí la espero.

VIRGINIA



¡Huye, impío, de mí!... ¡Déjame!... ¡Nunca!...  
(Sale despavorida de su estancia y como queriendo detener a alguno.)

¡Antes la vida!... ¡Ay, mísera!... ¿Qué es esto?  
(Como volviendo en sí.)

¿Es sueño o realidad? A Claudio he visto

y he luchado con él..., y aún juzgo verlo  
690

tender los brazos hacia mí.  
CLAUDIO

¡Virginia!  
(Presentándose a ella.)  
VIRGINIA

¡Oh!... ¡Claudio!... ¡No he dormido!... No; no sueño:

es él... ¡Es realidad!... ¡Favor!... ¡Socorro!

Déjame..., tente... Aparta. ¡Lejos!... ¡Lejos!  
(Sale retrocediendo por la puerta del foro.)  
CAMILA

¡Icilio!  
(Presentándose en la puerta de la derecha.)  
CLAUDIO

¿Qué oigo? (Deteniéndose.)  
CAMILA

¡Icilio!  
ICILIO

¡Claudio!  
(Apareciendo igualmente en la puerta de la derecha.)  
CLAUDIO

¡Oh, furia!  
695  
CAMILA

¿Dónde, Virginia..., dónde? ¡Allí la veo!

(Después de haber recorrido el escenario se asoma a la puerta del foro y sale por ella precipitadamente.)

CLAUDIO

La ley castigue al desertor. Vosotros

detenedla.

ICILIO

¿Por qué?

(Colocándose en medio de la puerta del foro.)

CLAUDIO

Marco es su dueño:

la reclama.

ICILIO

¿Qué dices?

CLAUDIO

Pronto en Roma

se sabrá la verdad de este misterio.

700

ICILIO

¿Creíste hallar dos tímidas mujeres?...

CLAUDIO

Seguidla.

AULO

¡Icilio!

(Presentándose en la puerta del foro.)

ICILIO

Ven. ¡Te envía el cielo!

CLAUDIO

Deja al traidor y al decenviro acata.

AULO

¡Por él y contra ti brille mi acero!

(Desnudando el estoque y preparándose a guardar la puerta.)

CLAUDIO

Paso, o temed mi cólera.

ICILIO

¡Detente,

705

(Desnudando también el estoque.)

o Roma es libre y a Virginia vengo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

Plaza. Desde el promedio del escenario se extiende hacia el foro el atrio de un templo dedicado a Júpiter.

Escena I

VIRGINIA, ICILIO y CAMILA.

ICILIO

Descansa aquí, y en mis amantes brazos

da treguas al dolor. Yo te lo ruego;

la causa dinos del pavor que sientes.

VIRGINIA

No, que olvidarla para siempre anhelo.

710

¿Y Claudio? ¿Cómo su furor burlaste?

¿Dónde está? ¿Nos persigue?

ICILIO

No queriendo

acrecentar la indignación de Roma

si era en el rudo choque descubierto,

de no seguirte ni espiar mis pasos

715

rindió por el dios Fidio juramento.

Franca dejando la salida entonces,

Aulo y yo, nos lanzamos por diversos

caminos en tu busca.

VIRGINIA

¡Oh monstruo aleve!

CAMILA

En nuestro hogar con impío atrevimiento

720

fijó la planta, pero tú le diste

mil y mil pruebas de virtud y esfuerzo.

Tal vez comprenda que triunfar no puede,

y desista por fin del loco intento.

VIRGINIA

Mal le conoces, o me engañas.

ICILIO

Pronto

725

verás en Roma al ínclito guerrero

que el ser te dio.

VIRGINIA

¡Mi padre!

ICILIO

Adicto esclavo

partió veloz...

VIRGINIA

Salgamos al encuentro

del que se acerca a defenderme.

ICILIO

Apenas

puedes mover la planta.

VIRGINIA

¡Bien lo veo!

730

CAMILA

Si el decenviro nuestra fuga sabe,

nos seguirán...

ICILIO

Más tarde partiremos:

cuando el terror que te domina cese.

Habla, mi bien; a comprender no acierto

por qué gritando y pálido el semblante,

735

trémula de pavor...

VIRGINIA

¡Fatal recuerdo!

ICILIO

No así te rindas al quebranto: piensa

que venga a veces rápido momento

las maldades de un siglo. Si hoy el crimen

vence, y al carro de sus triunfos vemos

740

la ley atada, y la virtud por senda

de abrojos huye lágrimas vertiendo,

quizá, Virginia, encontrarán mañana

castigo el crimen, la inocencia premio.

Ni el engreído Claudio es invencible

745

porque hoy se mire en elevado puesto

y nos agravie audaz: también se eleva

en alta cima el roble corpulento,

desafiando al huracán, y sopla

el huracán, y dóblase gimiendo,

750

y cede y cae.

CAMILA

La esperanza aliente

tu acongojado espíritu de nuevo.

ICILIO

Dínoslo todo.

VIRGINIA

¿Lo queréis? Oídmme:

dolor comunicado agobia menos.

Después que huyó de mi presencia Claudio,

755

procuré, reclinándome en el lecho,

las fuerzas recobrar. ¡Ojalá nunca,

ojalá nunca me venciera el sueño!

Dormí..., ¡soñé! Fatídicas visiones

cruzaron las tinieblas en silencio,

760

cuando al embate de huracán bravío,

estallando el relámpago y el trueno,

Claudio aparece súbito: al mirarme

brillan sus ojos con fulgor siniestro;

quiero gritar, y en mi garganta expira

765

muda la voz, y el pavoroso espectro

corre hacia mí... Pero en el mismo instante,

rápida de las nubes descendiendo,

una mujer entre los dos se lanza,  
fijo en su corazón puñal sangriento.

770

Claudio la mira, y tiembla y retrocede;  
y ella, doblando con el pie su cuello,  
«Lucrecia soy», prorrumpe; «otro tirano  
dicha y honor me arrebató; muriendo  
lavé mi mancha, y al tirano impío

775

ahogué en la sangre que vertió mi pecho.»

Cesa, y al punto de la edad pasada  
la imagen fiel atónita contemplo:  
álzase Bruto a la venganza; Roma  
arde en justo furor; a extraño suelo

780

con vil desdoro los Tarquinos huyen;  
triunfa la libertad del yugo horrendo.

Y en mí Lucrecia su mirar clavando,  
«La patria gime en nuevo vilipendio:  
que nueva sangre de mujer la riegue;

785

te espero», dijo, y remontó su vuelo.

Y el hondo trueno en su postrer murmullo  
«¡Te espero!» clama en lúgubre lamento;  
y el huracán, perdiéndose en la esfera,

con ¡ay! doliente repitió «¡te espero!»

790

Entonces Claudio su furor redobla,  
luchó..., y ya sabes lo demás. Despierto;  
y al despertar, como le vi dormida,  
al tigre miro de mi honor sediento;  
crece mi asombro, y de mi albergue salgo;

795

juzgo que me persigue, y más me alejo;  
llegó rendida aquí, tu voz me llama,  
y gozosa al oír la me detengo.

ICILIO

¡Cielos, que nunca a realizarse llegue

tan aciaga visión!

CAMILA

¡Infausto ensueño!

800

Yo con la mano en su rodilla puesta

elevaré mi voz al Dios supremo

que el orbe rige; a su benigno solio

suba tu nombre en mi suspiro envuelto.

ICILIO

Mas ved: la multitud el templo deja.

805

Escena II

DICHOS. AULO, que llega por el segundo término de la izquierda, y pueblo, que empieza a salir del templo pausadamente. A poco, MARCO CLAUDIO, seguido de tres esclavos. Después, APIO CLAUDIO, con doce lictores.

ICILIO

¡Aulo!



AULO  
Amigo infeliz, al fin te encuentro.

¿Qué debo hacer?

ICILIO  
En busca de Virginio

con ella parto.

AULO  
Os seguiré.

VIRGINIA  
Marchemos.  
(Dirigiéndose a la derecha.)

MARCO  
Detente, y ven conmigo.  
(Llega por el mismo sitio que AULO. Queriendo asir de un brazo a VIRGINIA.)

ICILIO  
¡Aparta!

VIRGINIA

¡Oh dioses!

ICILIO  
¿Ella seguirte?

MARCO  
Ayer se ha descubierto

810

oculto engaño, y a la faz de Roma

hoy de Virginia apoderarme puedo.

Si no me sigue, apelaré a la fuerza.  
(Haciendo a sus esclavos señal de que se acerquen.)

ICILIO  
¡Tened! (Amenazándolos.)

MARCIO  
¿Por qué razón?  
ALGUNOS DEL PUEBLO

¿Con qué derecho?

CLAUDIO  
Siempre a tu voz el decenviro acude,

815

(Sale por la izquierda, seguido de doce lictores.)

pueblo romano. Explícame el suceso

que así te alarma.

ICILIO  
¡Y se atrevió a jurarme

que no te seguiría!

MARCO

Ampara recto

a quien justicia y protección reclama.

Mi labio ayer te reveló un misterio

820

que dueño me hace de Virginia. Vuelva

a mi poder.

CLAUDIO

A tu demanda accedo.

MARCO

Sígueme.

VIRGINIA

Dinos el motivo.

CLAUDIO

¡Ay, triste!

No lo quieras saber.

VIRGINIA

Quiero saberlo.

CLAUDIO

Habla.

MARCO

La que pasó por madre tuya,

825

no lo fue en realidad.

VIRGINIA

¿Qué dices?

MARCO

Viendo

su lecho estéril y al airado esposo

en lejana región, compra en secreto

a mi esclava Laódice una niña,

y hace creer que es fruto de su seno.

830

Ayer murió tu verdadera madre,

esta escondida trama descubriendo.

Según la ley, el hijo de mi esclava

me pertenece.

VIRGINIA

¡Sí..., no hay duda!... ¡Aún sueño!

CAMILA

¡Qué iniquidad!

ICILIO

¡Calumnia!

PUEBLO

¡Sí; calumnia!

835

ICILIO

Fácil es comprender tu infame objeto.

CLAUDIO

Es su esclava. (Al pueblo, que murmura.)

VIRGINIA

¡Yo esclava..., yo!...

MARCO

Lo afirmo.

VIRGINIA

Sí, tú lo afirmas; pero yo lo niego.

CLAUDIO

Niegas en vano que naciste esclava.

VIRGINIA

Libre nació Virginia.

CLAUDIO

¡Error funesto!

840

VIRGINIA

Virginia es libre.

CLAUDIO

¿Quién te lo asegura?

VIRGINIA

La sangre a voces me lo está diciendo.

MARCO

Haz que me siga adonde yo la ordene.

ICILIO

Mi cólera temed.

VIRGINIA

¿Y se atrevieron

a mancillar el adorado nombre

845

de aquella madre que debí a los cielos?

Si verme al cabo en tu poder querías,  
de mi virtud vengarte, y mis esfuerzos  
vanos hacer, ¿por qué no has empleado  
para lograr tu afán distintos medios?

850

Yo sola te ofendí: la culpa es mía,  
lanza sobre mí sola tu veneno;  
pero respeta el nombre de mi madre,  
¡respeto la memoria de los muertos!

CLAUDIO

Llevala.

VIRGINIA

¡Oh madre, a defenderme acude;

855

yo te lo pido por el gozo inmenso  
que te inundó cuando por vez primera  
fue tu Virginia a tus entrañas peso!  
CAMILA  
Amparadla.

(Al pueblo. Este se adelanta hacia CLAUDIO, dando muestras de furor. A una señal del decenviro, los lictores amenazan con las fascas, y el pueblo retrocede.)

ICILIO

¿Calláis?

AULO

¡Oh mengua!

ICILIO

Nunca

el heroísmo floreció entre hierros.

860

CLAUDIO

Lictores: obligadla a que obedezca

a Marco, su señor.

ICILIO

Juzga primero;

después condenarás.

GRITOS GENERALES

¡El juicio! ¡El juicio!

AULO

Todos lo piden.

PUEBLO

Todos.

CLAUDIO

Ya os precedo,

y al punto mismo...

ICILIO

¿Ignoras que Virginia

865

tiene un padre supuesto o verdadero?

¡Es Virgino!

MARCIO

¡Un soldado valeroso!

AULO

¡Un héroe!

ICILIO

Que se aguarde a su regreso.

MARCO

(Sin orden tuya regresar no puede.)

(A CLAUDIO.)

CLAUDIO

Pues bien; de Roma acato los preceptos.

870

VIRGINIA

¡Gracias, clemente Jove!

CLAUDIO

Pero en tanto

que el juicio que pedís se lleva a efecto,

es fuerza que a Virginia se custodie

en seguro lugar. Nadie, os lo advierto,  
verla podrá; ni el centurión Virginio.

875

MARCO

Yo la reclamo: custodiarla debo.

VIRGINIA

¡Tú! Nunca. (Murmullos del pueblo.)

CLAUDIO

Yo, mi rectitud probando,

la guardaré bajo mi propio techo.

VIRGINIA

¡Ten de mí compasión!

ICILIO

Oídme: quiere

ponerla en tan odioso cautiverio

880

porque lúbrico amor su pecho inflama.

VIRGINIA

¡Amor al crimen que inspiró el averno!

ICILIO

¡Porque rendir su honestidad pretende!

VIRGINIA

¡Y porque yo, romanos, la defiendo!

CLAUDIO

Sustraerse a la ley en vano esperan

885

con tal acusación, que yo desprecio.

¡Ay del que, osado, a mi querer se oponga!

(Al pueblo, que da muestras de indignación y cólera. El pueblo retrocede de nuevo.)

ICILIO

Mátame.

CLAUDIO

A Icilio aprisionad.

VIRGINIA

Teneos.

Cede a la fuerza, y a mi padre aguarda.

Yo a los tres mi venganza os encomiendo.

890

¿Tú morir? No; ¡para salvarme, vive!

ICILIO

¡Oh rabia!

VIRGINIA

(Tu puñal.

(ICILIO entrega un puñal a VIRGINIA; ésta le oculta.)

Gracias.) Marchemos.

Roma degenerada, ¿así me entregas

al corruptor infame? Quiera el cielo

que no se miren vuestras hijas nunca

895

en el horrible trance en que me veo.

¡Sígueme: yo te mostraré el camino

gritando que soy libre y te aborrezco!

(Da un paso y se detiene.)

¿Y permitís, oh númenes, que nazcan

tales malvados? Pero, sí; comprendo

900

el gran designio..., y mi valor se aumenta.

¡Al malo hacéis para probar al bueno!

¡Vamos!

(Vase por la izquierda, seguida de APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, los lictores y los esclavos.)

Escena III

ICILIO, AULO, CAMILA y pueblo; después, VIRGINIO.

ICILIO

¡No, no es posible! Antes la muerte

que abandonarla a su destino adverso.

AULO

Fuera tu arrojo inútil. (Deteniéndole.)

ICILIO

¡Me abandonan

905

las fuerzas!... ¡Oh! Corred a detenerlos;

no toleréis que me la robe. Amigos,

¡ved que es mi bien, mi esposa! ¡Yo fallezco!

AULO

¡Icilio! ¡Icilio! Desdichado, alienta

para vengarla. ¡Sí, la vengaremos!

910

CAMILA

Pronto Virginio volverá, y entonces...

AULO

Sucumbirá también si al tigre fiero

su presa intenta arrebatár.

CAMILA

¡Bien dices!

AULO

Todos calmar su furia procuremos.

CAMILA

¿Quién, hija mía, llorará contigo?

915

¿Quién te dará su ayuda en tanto duelo?

SERVILIO

¿Qué piensas tú de lo que está pasando?

MARCIO

Que ni en Roma nacimos, ni tenemos

sangre en las venas.

SILVIA

¡Desdichada joven!

¡Maldito decenviro!

MARCIO

¡Me avergüenzo

920

al recordar!...

OCTAVIA

¡Y cuando vuelva el padre!...

SILVIA

¡Crudo golpe le aguarda!



ICILIO

¿Es cierto, es cierto

que la virtud a la traición sucumbe,

que el vil me la arrebató?

DECIO

¿Qué estoy viendo?

Aquellos dos que en rápidos corceles

925

hacia aquí se dirigen...

CAMILA

Sí, son ellos.

(Mirando en la misma dirección.)

ICILIO

El esclavo y Virginio.

MARCIO

Allí.

(Indicando a algunos del pueblo el lugar por donde se supone que llega VIRGINIO.)

ICILIO

¡Y es fuerza

decirle la verdad! Yo no me atrevo.

(Retírase con AULO, como temiendo la presencia de VIRGINIO.)

CAMILA

Me ve.

DECIO

Desciende.

CAMILA

¡Oh númenes!

VIRGINIO

¡Camila!

(Dentro.)

MARCIO

¡Padre infeliz!

SILVIA

¡Ay triste!

CAMILA

Me estremezco.

930

VIRGINIO

¿Aquí por dicha me esperabas? Dime.

(Saliendo por la derecha.)

¿Por qué me obliga a regresar Numerio;

por qué a tu lado se encontraba Icilio?  
(Breve pausa.)

En el camino a mi centuria dejo;  
y, al obtener la competente venia,

935

juré llegar mañana al campamento.  
(Otra breve pausa.)

¿Qué sucede? ¿Y Virginia?... ¡El rostro ocultas!...  
(Separándole las manos del rostro.)

¡Cómo! ¿Llorando estás? ¿Por qué?... ¡No acierto!...

Vamos, dilo.

CAMILA

¡Señor!

VIRGINIO

Prosigue.

CAMILA

El llanto

que me ahoga conteste; yo no puedo.

940

VIRGINIO

¡Sacras deidades! ¿Y también vosotros

del padre os alejáis? ¡Tampoco obtengo  
(Mirando al pueblo, que se retira de él en ademán de dolor.)

de vosotros respuesta!... ¿Qué infortunio

más grande que la duda?... Yo os lo ruego:

de esta ansiedad libradme. ¡Y callan todos!

945

¿Será?... ¡No, no; qué horrible pensamiento!

Sosíégate, Camila. ¿Acaso dudas

de mi valor?

ICILIO

¿Y quién ha de tenerlo

(Presentándose con AULO.)

en tan infausto día?

VIRGINIO

¡Icilio!

ICILIO

¡Padre!

(Con desesperación y amargura.)

VIRGINIO

¡Ay, que no me engañé! ¡Virginia ha muerto!

950

ICILIO

¡Infeliz!

VIRGINIO

¡Hija mía!... Vamos..., vamos.

Regaré con mis lágrimas su cuerpo;

su casta frente ceñiré de flores;

daré a sus labios el postrero beso...

Y después, al combate. ¡Oh patria mía!

955

¡Dichoso yo si expiro como bueno!

AULO

Virginia vive.

VIRGINIO

¡Vive!

ICILIO

Tu infortunio

fuera si no viviese más pequeño.

VIRGINIO

Acaba de una vez...

ICILIO

Mi tierna esposa

se hallaba en este sitio hace un momento...

960

AULO

Y Claudio ahora en su poder la tiene.

ICILIO

Marco a Virginia reclamó diciendo

que fue su madre verdadera, esclava

que le pertenecía, y que en secreto,

lejano tú, se la vendió a tu esposa.

965

(VIRGINIO los mira alternativamente con el mayor asombro.)

AULO

Aún comprender no puedes el misterio

de tan horrenda trama.

ICILIO

El decenviro

arde por ella en licencioso fuego.

AULO

¡Y a tus brazos la arranca!

ICILIO

¡Y la condena

a ceder sin defensa en duro encierro!

970

VIRGINIO

¡Oh!... ¿Qué dices?... Repítelo... ¿Qué tardas?

¡Para creer el mal ni aun basta verlo!

¡Deshonra! ¡Esclavitud!... ¡Virginia!...¡Claudio!...

¿Cuál de los dos delira?... ¡Tú!... ¿No es cierto

(Dirigiéndose al pueblo.)

que ya el sepulcro la inocencia guarda

975

de la que fue mi orgullo y mi embeleso?

¿Será verdad?... ¡Esclavitud!... ¡Deshonra!...

¡No!... ¡Mentira!... ¡Imposible!... ¡No lo creo!

(Pausa. Todos demuestran el mayor abatimiento. VIRGINIO dirige una mirada indagadora en torno suyo, y exclama, dirigiéndose al pueblo:)

¡Y aquí se hallaba..., y los traidores lobos

por la tímida oveja aquí vinieron!

980

Dadme a Virginia; dádmela. ¡Cobardes,  
el brillo de una espada os causa miedo!...

Bien hace Claudio en oprimir a Roma:

cuando un pueblo es esclavo, debe serlo.

CAMILA

¡Señor!

AULO

Escucha.

ICILIO

Cálmate.

VIRGINIO

Dejadme:

985

no irritéis mi dolor con el consuelo.

Venganza pide la virtud, venganza

la libertad, venganza mundo y cielo.

¡Le buscaré! ¡Le mataré!

(Desnudando el estoque.)

AULO

Detente.

ICILIO

Sólo a tu perdición caminas ciego.

990

VIRGINIO

Y ¿qué he de hacer? Aconsejadme todos;

prestadme ayuda. Si triunfar no puedo,

mi fuerte brazo perderá la patria,

que no hay valor sin honra... ¡Y vuela el tiempo

y su pureza el bárbaro marchita,

995

y ultrajando mi honor, ultraja el vuestro!

Por la sangre en los campos derramada,  
perdonadme estas lágrimas que vierto.

¡Era mi solo bien! ¡Único es siempre  
el hijo desdichado! Hablad: salvemos

1000

a la infeliz, o el que la agravia expire.

¡A su lado! ¡Indefensa! ¡Un medio! ¡Un medio!  
(Recorriendo la escena y dirigiéndose a todos.)

ICILIO

Valor, romano, y tu aflicción modera.

VIRGINIO

¿Sabes tú, por ventura, lo que pierdo?

¡Tú no eres padre!

CAMILA

Protegedla, ¡oh dioses!...

1005

(ICILIO y AULO hablan aparte, como para tomar una resolución.)

VIRGINIO

Sí, la protegerán; los elementos

nuncian su encono, la tormenta avanza.

Hunde, tonante Dios, hunde al protervo.

(La escena se oscurece rápidamente. El pueblo, sobrecogido de pavor, se retira al fondo del teatro, donde permanece hasta la conclusión del acto.)

ICILIO

Corre y en sus moradas penetrando

refiere a tus amigos y tus deudos

1010

la iniquidad que te deshonra. (A VIRGINIO.)

VIRGINIO

Al punto.

AULO

Haz que te sigan, y arrostrando el riesgo

vuela al palacio del traidor.

ICILIO  
Su guardia

quizá no te conozca.  
VIRGINIO  
Mensajero

me fingiré del campo.  
ICILIO  
Tu presencia

1015

refrenará la audacia del perverso.  
AULO  
Yo a mis parciales buscaré.  
ICILIO  
Los míos

acudirán veloces.  
CAMILA  
En el templo

rogaré por vosotros.  
ICILIO  
¡Ciudadanos,

dirá mi voz, por nuestro honor lidiemos!

1020  
AULO  
¡Por nuestra libertad!  
VIRGINIO  
¡Por nuestros hijos!  
ICILIO  
¡Esperanza!  
AULO  
¡Valor!  
VIRGINIO  
¡Pronto!  
ICILIO  
¡Volemos!  
VIRGINIO  
¡Y si he de hallarla deshonrada o muerta,

que la encuentre sin vida, justo cielo!  
(Los tres salen precipitadamente por distintos lados. CAMILA se dirige al templo.)

FIN DEL ACTO TERCERO

Acto cuarto

Atrio de casa de APIO CLAUDIO. Puerta en el foro. A la derecha, la silla de marfil sobre una especie de altar. A la izquierda, un lecho muy elevado; otro más pequeño en primer término. Trofeos, estatuas, etc.

Escena I

APIO CLAUDIO sobre un lecho. El AUGUR, de pie, a su lado, revestido de la trabea y con el lituo en la mano derecha. MARCO CLAUDIO. Esclavos arrodillados y como implorando al cielo. Estos se levantan. CLAUDIO vuelve de su letargo.

AUGUR

Rotas, señor las turbulentas nubes,  
1025

ya no silban los vientos desatados,

ni rodando veloz retumba el trueno,

ni la atmósfera rasga el ígneo rayo.

Respira al fin, y a la existencia vuelve.  
CLAUDIO

Al fin respiro, y triunfo del letargo  
1030

que heló mi sangre.  
(Incorporándose en el lecho.)  
AUGUR

Del tonante Jove

tal es el poderío soberano.

A un revolver de sus ardientes ojos

hondo estrépito asorda los espacios,

y el cielo vierte sobre el mar su lumbre,  
1035



y álzase el mar al cielo rebramando.

A otra señal los elementos gimen

a sus plantas de nuevo encadenados,

y el cielo copia las azules ondas,

y el mar refleja el brillo de los astros.

1040

CLAUDIO

Al sumo Dios que en el Olimpo reina

también el hombre gime esclavizado.

Mi pecho hervía en el afán más vivo,

y al terrífico son nuncio de estragos,

desfalleció mi espíritu cobarde.

1045

AUGUR

La alegre fiesta, los solemnes actos,

las ceremonias se interrumpen, tiembla

lleno de susto el corazón más bravo,

cuando Júpiter muestra sus furores,

estremeciendo chozas y palacios.

1050

Tú me llamaste, y obediente vine.

¿Qué anhelas?

CLAUDIO

Despejad.

(MARCO y los esclavos se van por la puerta del foro.)

Augur, reclamo

de tu saber los beneficios.

AUGUR

Habla.

CLAUDIO

Tumba sea tu pecho a mi relato.

Existe una mujer que me aborrece

1055

y a quien rendir frenético he jurado;

mas hoy que la privé de humana ayuda,

llevar queriendo mi designio a cabo,

nuevo Tarquino me llamó, Lucrecia

una vez y otra vez sonó en su labio,

1060

y a Jove luego demandó socorro,

y al punto Jove respondió tronando;

y «¡Jove me defiende, tiembla!» dijo,

y temblé..., como tiemblo al recordarlo...

Corro al hogar, ofrezco a mis penates  
1065

dulce miel, y a mis plantas la derramo;

huyo de nuevo, y rásgase mi toga;

y corro más, y cuando llego al atrio,

gira a mi alrededor siniestro búho,

negro can a mi vista pasa aullando,  
1070

y siento al fin mi sangre congelada,

y me roba la vida el fiero espanto.

¿Qué significa mi fatal congoja?

¿Qué me dicen augurios tan infaustos?

Rasgue tu ciencia el misterioso velo  
1075

que sobre lo futuro extiende el hado.  
AUGUR

Cálmate.  
CLAUDIO

Ningún riesgo me amenaza,

¿no es cierto? Sí; ¡lo presumía! Caro

pagará la cuitada el hondo susto

que en fatídico instante me ha causado.  
1080

Pronto sin honra bajará a la tumba.  
AUGUR

(¡Tan joven, tan hermosa!)  
CLAUDIO

En holocausto

al sumo Jove ofreceré su sangre.  
AUGUR

¡Ay de ti si ella muere, desdichado!  
CLAUDIO

¡Oh! ¿Qué pronuncias?  
AUGUR

El funesto augurio  
1085

es ya a mis ojos como el día claro.  
CLAUDIO

¿Qué tardas? ¡Habla; explícate!...  
AUGUR

La vida

de esa mujer, que el repetido halago

supo esquivar impávida, a la tuya

ligada está por invisible lazo.  
1090

Será su muerte de tu muerte anuncio,

y entre ambas mediará muy breve espacio.

CLAUDIO

¡Qué horror! ¿Será verdad?

AUGUR

Cuando ella muera

tú morirás también.

CLAUDIO

¡Destino aciago!

Pero ¿qué debo recelar?

AUGUR

Las aves

1095

predecían ayer con vuelo y canto

crimen horrendo y sin igual desdicha;

negro aviso también del mal cercano

las víctimas al cielo consagradas

ayer a los arúspices mostraron.

1100

CLAUDIO

¿Y no es posible desatar el nudo

que a ella me liga? ¡Fuerza es desatarlo!

AUGUR

Si cede al fin la cólera del cielo,

serán independientes vuestros hados;

si no cede el furor y ella sucumbe,  
1105

¡ay de Claudio!  
CLAUDIO

¡No sigas!  
AUGUR

¡Ay de Claudio!  
(Vase lentamente por la puerta del foro.)

Escena II  
CLAUDIO solo; después, MARCO.

CLAUDIO

¡Oh! Sus palabras, su ademán, su acento

de turbación mi espíritu han llenado.

«Cuando ella muera, morirás.» ¡Mi vida

es de otra vida esclava!... En vano, en vano  
1110

querré salvarme si mortal congoja

se ceba en ella, si imprevisto acaso

abre su tumba. El moribundo espera;

yo ni aun podré esperar en tal quebranto,

y vivo aún, ¡me juzgaré sin vida!  
1115

¡Qué ansiedad!... ¡Qué morir tan prolongado!

Mas ¿qué recelo?... Juventud lozana

presta a Virginia vigoroso encanto.

Aquel semblante en púrpura teñido

salud proclama... Infatigable avaro  
1120

yo miraré en su vida mi tesoro,

y le sabré guardar años y años... (Pausa.)

Ya no se escucha ni el rumor más leve...

Sin duda en mi cerebro acalorado

sólo existieron tétricas visiones.  
1125

¡Aún soy el decenviro..., el rey..., el amo;

y de Virginia triunfaré!... Mañana

calmará su dolor el brillo, el fasto.

¿Yo desistir? Mi voluntad no cede.

¡Yo por doncella mísera humillado!...  
1130

Álcese el pueblo en impotente saña:

fiero león dispersará el rebaño.

Ruja otra vez la tempestad; ¿qué importa?

¡Aún soy el decenviro..., aún puedo... aún mando!

Marco.  
(Acercándose resueltamente a la puerta del foro.)  
MARCO

Señor. (Entrando por el mismo sitio.)  
CLAUDIO

¿Qué hiciste?  
MARCO

Al campamento  
1135

ha partido veloz nuevo legado,

y una vez en el Algido Virginio,

intentará sin fruto abandonarlo.  
CLAUDIO

¿Y a mi guardia severo preveniste?...  
MARCO

Que sólo entrar no vede a quien del campo  
1140

algún mensaje traiga.  
CLAUDIO

Corre, y torna

con Virginia a este sitio. Escucha, Marco.  
(MARCO se detiene.)



Si el juicio al fin se verifica, y eres

de esa doncella dueño declarado,

hasta que yo la guarde, de su vida  
1145

tú me responderás. Ni leve daño

sufra Virginia si la tuya aprecias.

MARCO

Fía en mí. (Vase por la puerta de la izquierda.)

CLAUDIO

¡Venceré! No amor liviano

a Claudio avasalló; pasión más grande

le embravece: ¡el despecho! ¿Triunfa acaso  
1150

débil arbusto de huracán soberbio

a cuyo fuerte empuje el monte es llano?

Hela aquí.

Escena III

APIO CLAUDIO. VIRGINIA, que cruzada de brazos se adelanta hacia el proscenio.  
MARCO y dos esclavos, que a una seña de CLAUDIO se retiran por la puerta del foro.

CLAUDIO

Ya lo ves: nadie te ampara;

aquí todo obedece a mi mandato;

sola estás.

VIRGINIA

El pudor está conmigo.

1155

CLAUDIO

No lograrás enfurecerme: te amo.

VIRGINIA

Pruébalo.

CLAUDIO

¿De qué modo?

VIRGINIA

El sacrificio

es del amor inseparable hermano.

Renuncia a tu propósito; respeta

a la mujer amada.

CLAUDIO

Nunca el dardo

1160

en su rápido vuelo retrocede:

tal es mi voluntad.

VIRGINIA

¿Y así obcecado,

su cólera tremenda desafías,

el aviso del cielo despreciando?

Sé clemente una vez; si humanos padres,

1165

y no insensibles fieras te engendraron,

benigno cede, o teme que los dioses

borren hasta la huella de tus pasos.  
CLAUDIO

¡Loca audacia! ¿Qué esperas? ¿Qué presumes?

¿Qué te propones?  
VIRGINIA

Sucumbir lidiando.  
1170  
CLAUDIO

¿Morir deseas?...  
(Como recordando el pronóstico del AUGUR.)  
VIRGINIA

Cuando amada vivo,

¿cómo no amar la vida? Claudio, Claudio,

¿por qué te privas del mayor deleite

que ennoblecó jamás un pecho humano?

¡Llanto ajeno secar! La propia dicha  
1175

con la ajena se labra.  
CLAUDIO

¿En lloro amargo

trocada miro la altivez?  
VIRGINIA

¿Qué fuera

de quien padece en triste desamparo,

si como airada tempestad su lluvia

no tuviese el dolor su amigo llanto?

1180

CLAUDIO

¿Cómo vencer tu repugnancia, cómo

tu afecto conseguir?

VIRGINIA

Puedes lograrlo.

Existe una mansión donde mi vida

libre corrió de aleve sobresalto.

Mi madre unidos prodigome en ella

1185

tiernas caricias y preceptos sabios.

Allí mi boca en su postrer aliento

su espíritu bebió; mi yerta mano

cerró sus ojos, y por cuatro veces

con lacrimoso acento la llamamos.

1190

Aquel recinto venturoso un día,

aún yace en sus virtudes impregnado,

y aquel ambiente pródiga perfuma

la flor eterna de recuerdo santo.

Condúceme tú propio a tal morada,  
1195

y puro afecto lograrás en cambio,

que es perdonar en la mujer trofeo,

y borra un beneficio mil agravios.  
CLAUDIO

¿Dejar que libre a tu morada vuelvas?

¿Unida verte a mi feliz contrario?  
1200

¡Para que vuestro júbilo me insulte!

¡Locura fue tan sólo imaginarlo!

Arda su pecho en cancerosa envidia,

sufra la pena del talión, calmando

con su rabia mi rabia. Roma entera  
1205

llorará tu desdén. Sierva de Marco,

te compraré a tu dueño: de mi vista

nunca te apartarás; ¡siempre a mi lado!  
VIRGINIA

¡Hazañas dignas de memoria eterna!

Yo desde luego tu heroísmo aplaudo.  
1210

Siga rigiendo en la potente Roma

tan recto juez, caudillo tan bizarro,

y el pueblo rey que amenazaba al mundo,

siervo se arrastrará de pueblo extraño.

Gozarte ansioso en el dolor ajeno,  
1215

recurrir a encubierto asesinato,

cebar tu saña en tímida doncella;

las leyes que tú mismo has sancionado

pérfido hollar, juzgarte valeroso

cuando te cerca bélico aparato,  
1220

¡oh, sí; de tantos portentosos hechos

ciñe tu frente el envidiable lauro!

Pero en la cumbre del poder te miras

a desventura eterna condenado,

porque a sí propia la maldad se hiere,  
1225

porque al hacer temblar, tiembla el tirano.  
CLAUDIO

En breve los excesos que me imputas

verás en justa pena realizados.

Esto exige mi amor.  
VIRGINIA

¡Maldito sea

amor que al odio se parece tanto!  
1230  
CLAUDIO

Icilio morirá.  
VIRGINIA

Con honra expire.  
CLAUDIO

Será tu padre de mi furia blanco.  
VIRGINIA

Mátele el golpe de enemiga saña,

y no el dolor de verse deshonorado.  
CLAUDIO

¿Por qué desdeñas a propicia suerte?  
1235

Pronuncia un sí, pronúncialo, y ufano

rompo tus hierros y te doy riquezas,

¡poder! Un no te abismará en el fango.

Responde.  
VIRGINIA

No.  
CLAUDIO

Tu desventura labras.  
VIRGINIA

Mil veces no.  
CLAUDIO

Si galardón más alto  
1240

codicias, habla; pide, y Roma es tuya.  
VIRGINIA

Fácilmente se otorga un bien robado.  
CLAUDIO

Pues de la tumba o mía.  
VIRGINIA

De la tumba.  
CLAUDIO

¡Al punto!  
(Dirigiéndose hacia la puerta del foro.)  
VIRGINIA

Corre, que impaciente aguardo.  
CLAUDIO

Piénsalo bien. ¡La muerte! (Deteniéndose.)  
VIRGINIA

Soy romana.  
1245  
CLAUDIO

Pierdes la vida.  
VIRGINIA



La inocencia salvo.  
CLAUDIO

Mía serás aunque el averno mismo

te dé favor. (Con arranque de ciego furor.)  
VIRGINIA

¡Jamás! (Retirándose.)  
CLAUDIO

Pronto en mis brazos...  
(Dirigiéndose a ella furioso.)  
VIRGINIA

¡Un paso más, y abrazas un cadáver!  
(Levantando sobre su pecho el puñal que ICILIO le dio en el acto anterior.)  
CLAUDIO

¡Qué miro!... ¡Horror! Detente.  
(Retrocediendo.)  
VIRGINIA

¡Un solo paso!  
1250  
(En la misma actitud.)  
CLAUDIO

¡Oh, no!... Perdona... ¡Compasión! El hierro

dame... Dámelo.  
(Acercándose a ella como para quitarle el puñal.)  
VIRGINIA

Aparta.  
(Haciendo nuevo ademán de herirse.)  
CLAUDIO

Sí; me aparto.  
(Retrocediendo otra vez.)

Tú mandas, tú... Pero del pecho aleja

ese puñal... Lo pido arrodillado...  
(Inclinándose.)

Fingí querer matarte... ¡Vive..., vive!...  
1255  
(Cayendo completamente de rodillas.)

¡Ay, que si mueres tú!... ¡Fatal presagio!  
VIRGINIA

Que mueras manda el cielo.  
(Dirigiéndose a él como inspirada para darle muerte.)

¡Ah, no! ¡La vida

es el mayor castigo a los malvados!  
VIRGINIO

¡Hija! (Dentro.)  
CLAUDIO

¡Esa voz! (Levantándose.)  
VIRGINIO

¡Virginia! (Dentro.)  
VIRGINIA

¡Padre!  
CLAUDIO

Calla.  
VIRGINIA

¡Padre! (Dirigiéndose hacia la puerta del foro.)  
CLAUDIO

Tente. (Deteniéndola.)

Escena IV  
DICHOS y VIRGINIO, presentándose en la puerta.

VIRGINIO

¡Hija mía!  
VIRGINIA

¡Padre amado  
1260  
(Corriendo a precipitarse en los brazos de VIRGINIO.)

VIRGINIO

¡Hija del corazón! (Abrazándola.)

CLAUDIO

¡Cielo implacable!

VIRGINIO

Ya no está sola, inicu: ¡está en mis brazos!

VIRGINIA

Sí; te esperaba.

VIRGINIO

Pero no... ¡Virginia!...

(Apartándola de sí.)

Habla, responde, sepa un desdichado

si aún te puede abrazar.

VIRGINIA

Por vez primera

1265

me juzgo digna del paterno halago.

VIRGINIO

¿Triunfar pudiste?... ¡Desdichada! ¿Cómo?

(Manifestando duda.)

VIRGINIA

¿No vences tú peligros batallando,

que el más valiente insuperables juzga?

¡Pues yo también el riesgo he despreciado,

1270

que el amor a la honra, padre mío,

vence imposibles como el fuego patrio!

VIRGINIO

Vuelve a mi seno, prenda idolatrada.

¡Oh noble ardor! ¡Oh esfuerzo sobrehumano!

¿Dónde más alta gloria? ¿Cuándo un padre  
1275

se miró por un hijo más honrado?

¿Qué importan los dolores padecidos?

¡Este momento basta a compensarlos!  
(Abrazando a su hija repetidas veces, frenético de gozo.)  
VIRGINIA

¡Envidia el triunfo de las almas puras;

hallar consuelo en el mayor quebranto!  
1280  
VIRGINIO

Casi me inclino a perdonar el crimen

que tu virtud a conocer me ha dado.  
CLAUDIO

¿Cómo entraste? Responde.  
VIRGINIO

Mensajero

del campo me fingí. Luego, burlando

la vigilancia de tu guardia...  
CLAUDIO

¿Y osas  
1285

confesar que has mentido?  
VIRGINIO

¿Ignora Claudio

cuánto puede su influjo? El mal ejemplo

del magnate corrompe a los vasallos.  
(Con ironía.)  
CLAUDIO

¿A qué viniste?  
VIRGINIO

A rescatarla vengo.  
(Señalando a VIRGINIA.)  
CLAUDIO

¿No sabes ya que pertenece a Marco?  
1290  
VIRGINIO

Basta de torpe disimulo; el crimen

es menos detestable siendo franco.  
VIRGINIA

¡Padre del alma!  
VIRGINIO

La traición te dijo

que no lo soy. ¡Mentira, infame engaño!

¡Soy tu padre: sí, sí; tu padre! Nunca  
1295

lo dudes, hija mía.  
VIRGINIA

¡Yo dudar!o!  
VIRGINIO

El que tu infancia coronó de flores;

el que de vanas pompas olvidado

gozó en tu gozo y suspiró contigo

y vivió de tu vida; el que arrojando  
1300

seguro riesgo a defenderte acude,

ése es tu padre. ¡Y quieren separarnos!

¿Cómo romper el nudo que nos liga?

Naturaleza eterna lo ha formado.

¿Juzgas tan fácil profanar sus leyes  
1305

porque has vencido, las de Roma hollando?

Porque derecho nos robaste y gloria,

¿pretendes hoy el corazón robarnos?

Porque en la tierra dominar pudiste,

¿quieres al cielo mismo hacer esclavo?  
1310

No te detengas. ¡Adelante! Sube...

¡Tu caída será desde más alto!  
CLAUDIO

Nunca supuse que existiera un hombre

capaz de cometer tal desacato.

VIRGINIO

¡Yo nunca presumí que llegaría  
1315

tiempo tan azaroso, tan infausto,

que ni puede llamarse el libre libre,

ni padre el padre!

CLAUDIO

Tu furor calmando,

quién soy recuerda. (En tono de amenaza.)

VIRGINIA

¡A su venganza expuesto!

¿Cómo he podido, cielos, olvidarlo?

1320

(Atemorizada por el ademán y acento de CLAUDIO.)

Huye, déjame.

VIRGINIO

Nunca los peligros

en las sangrientas lides me arredraron.

¡Merezca el hijo al amoroso padre

lo que debió la patria al buen soldado!

CLAUDIO

¡Ay de la patria que rebeldes nutre!

1325

VIRGINIO

¡Ay si depones el miedo, recordando

que siempre fue la horrenda tiranía

férreo coloso en pedestal de barro!

CLAUDIO

¡Basta! ¡Lictores, acudid!

(Acercándose a la puerta del foro. Se oye confuso rumor de voces.)

VIRGINIO

Escucha.

CLAUDIO

¿Qué significa?...

VIRGINIO

Reconoce, insano,

1330

la voz del pueblo que nos presta auxilio.

CLAUDIO

Mientes.

Escena V

DICHOS, MARCO CLAUDIO; después, ICILIO y AULO.

MARCO

Señor, el pueblo amotinado

a las puertas se agolpa.

VIRGINIA

¡Oh gozo!

CLAUDIO

¡Oh rabia!

VOCES

(Dentro.)



¡Virginia! ¡El juicio!  
CLAUDIO

Al punto dispersadlo.  
MARCO

Fuera empresa arriesgada. Hablarte quieren.  
1335  
CLAUDIO

Sólo a dos por la plebe designados

conduce a este lugar.  
(Vase MARCO precipitadamente por la puerta del foro.)  
VIRGINIO

¡Lo ves, soberbio!

Roma alienta de nuevo: estoy vengado.  
(Nuevos rumores.)  
CLAUDIO

Yo en su furor encuentro mi delicia,

que así más gloria al reprimirla gano.  
1340

Esa voz es el último quejido

que lanza el moribundo entre mis manos.  
VIRGINIO

Ese rumor que tu coraje irrita,

anuncia que volvió de su desmayo;

¡y el despertar de un pueblo es más terrible  
1345

a medida que el sueño fue más largo!  
VIRGINIA

¡Icilio!  
(ICILIO, AULO y MARCO entran por la puerta del foro.)  
ICILIO

Roma por mi voz te ordena

que des al punto libertad a entrambos.  
AULO

Que sin demora se celebre el juicio.  
CLAUDIO

Pues bien, salid; y al juicio preparaos.  
1350  
(Fuera de sí.)  
ICILIO

¡Al foro, al foro!  
CLAUDIO

A mis clientes arma;

al foro mis lictores, mis soldados.  
VIRGINIO

¿Quieres la guerra?  
CLAUDIO

Cuenta mis secuaces.

¿Quiénes serán allí tus partidarios?  
VIRGINIO

La juventud y la vejez unidas.  
1355  
VIRGINIA

¡Los padres y los hijos, sublevados

al grito del amor!  
ICILIO

Pronto veremos  
(Acercándose a CLAUDIO.)

si en Roma alientan siervos o romanos.  
VIRGINIA

¡Pronto en el juicio, de mi tierna madre  
(Acercándose también al decenviro.)

verás sin mancha el nombre calumniado!  
1360  
VIRGINIO

Sí, fermentado: ¡la calumnia es nube

y la inocencia sol que brilla al cabo!  
(Imitando el movimiento de ICILIO y VIRGINIA.)  
VOCES

(Dentro.)

¡Virginia! ¡El juicio!  
ICILIO

Tu castigo empieza.  
CLAUDIO

Salid.  
VIRGINIA

¡Con honra entré; con honra salgo!

(VIRGINIO, amenazando todavía a CLAUDIO con la mirada, se dirige hacia la puerta del foro seguido de su hija, ICILIO y AULO. El decenviro, teniendo a MARCO a su espalda, permanece colérico en el centro del escenario, señalándoles la puerta de salida con el brazo derecho.)

FIN DEL ACTO CUARTO

Acto quinto  
Foro romano. -En el centro, la tribuna.

Escena I  
Pueblo ocupando el ala derecha del escenario. -VIRGINIA, CAMILA y otras dos mujeres, en el lado opuesto, de rodillas y en actitud suplicante. Las cuatro visten traje de luto. VIRGINIO, ICILIO (enlutados también) y AULO ocupan el centro. -El primero, con una corona de encina en la cabeza, estará más cercano al proscenio y como llamando la atención hacia el grupo que forma su hija con las que la acompañan. El pueblo da muestras de abatimiento, y parece esquivar las miradas de VIRGINIO.

VIRGINIO

Pueblo romano, tu favor implora  
1365

enlutada familia. Atroz vileza  
del pacífico hogar de mis abuelos,  
para siempre tal vez la dicha aleja.

Nunca ignoré que mancha el beneficio  
la vana ostentación que lo recuerda;  
1370

mas no lo mancha el infortunio honrado  
cuando a la gratitud gimiendo apela.

Yo vengo, ¡oh pueblo!, a recordar los míos;  
que a extremo tal mi desventura llega.

Lucio Virginio soy: ni leve falta  
1375

turba la eterna paz de mi conciencia.

Si a Roma supe defender, mi sangre  
enrojeciendo el campo os lo demuestra.

Con oro y plata, generosa un día,

Roma ciñó mi frente en recompensa  
1380

de haber salvado el campamento amigo  
y rendido enemiga fortaleza.

También gané la veneranda encina  
que en la corona cívica se ostenta.

Miradla: os dice que salvé a un romano,  
1385

matando a su enemigo en la refriega.

He aquí mis hechos: defender la patria

y amar a mi familia. ¿Se me niega

el patrocinio que reclamo? ¡Todos

sabéis por qué! ¿Ninguno me contesta?

1390

AULO

¡Cómo! ¿Los que antes con gallardo intento

a Claudio amenazaban a las puertas

de su propia guarida, al ver que algunos

en su poder cayeron, porque elevan

cien lictores las fasces y el soldado

1395

con duelo el hierro envilecido muestra,

ya retroceden, y la frente inclinan

para besar la planta que los huella?

(Levántase VIRGINIA y se dirige al grupo de la derecha.)

VIRGINIA

¡Oh hermanas mías! Recordad que siempre

visteis en mí querida compañera,

1400

y a vuestro lado visité los templos

y presencié los ritos y las fiestas.

¿Consentiréis que la traición me prive

de cuanto amé desde la edad más tierna?

ICILIO

Y si al ajeno llanto no te apiadas,

1405

mira, pueblo infeliz, tu propia mengua:

los ojos vuelve al lastimoso aspecto

que la ciudad de Rómulo presenta.

Los decenviros, que formando leyes

a no cumplirlas aprendieron, huellan  
1410

los más santos derechos; nuestra gloria  
hundida yace en afrentosa guerra,  
y el valiente adalid ríndese ufano  
por humillar al jefe que detesta.

Y... ¿lo pudisteis olvidar?... Sicinio  
1415

víctima fue de la traición más negra.  
¡Venganza piden sus airados manes,  
vagando sin cesar en noche eterna!  
¿Es éste, es éste el valeroso pueblo

a quien Bruto legó tan rica herencia?  
1420

¿Cayó Tarquino, y toleráis humildes  
que diez tiranos su rigor ejerzan?

No porque se alce con distinto nombre,  
el malvado opresor de serlo deja,  
ni la execrable servidumbre acaba  
1425

porque a un solo tirano diez sucedan.

**VIRGINIO**

Decid: ¿ninguno de vosotros llora

torpe desmán, injusta violencia

del que hoy me agravia? A su apetito ciego

ya no tienen las vírgenes defensa  
1430

en el santo pudor; ni ya el marido,

recelando traidora estratagema,  
en la virtud de su mujer descansa;  
ni ya los padres con sus hijos cuentan.

¡Ya el amor en zozobra se convierte,  
1435

y es don funesto el don de la belleza!  
VIRGINIA  
¡Oh, sí; temblad: la desventura mía

es infalible anuncio de la vuestra!

¡Abraza, Emilia, a tu adorado padre,  
(Impeliendo a una joven para que abrace a su padre.)

que mañana, infeliz, tal vez le pierdas!  
1440

¡Abrázalos, Octavia, aún son tus hijos;  
(Levantando en sus brazos a un niño y arrojándolo en los de OCTAVIA.)

pero acaso muy pronto no lo sean!  
EMILIA

¡Padre! (Abrazando al anciano.)

OCTAVIA

¡Hijos míos!

(Estrechando al niño que le ha dado VIRGINIA, y a otro que tiene a su lado.)

VIRGINIA

¡Silvia, hoy eres libre;

quizá en esclava hoy mismo te conviertan!

SILVIA

¡Nunca!

VIRGINIA

¿Lloráis? Oh amigas, en mi pecho

1445

cae vuestro llanto y su amargura templá.

(Abrazándola.)

SILVIA

¡Virginia!...

OCTAVIA

Claudio en nuestro mal se goza.

EMILIA

Y a todas nos ofende al ofenderla.

VIRGINIA

¡Pronto, en el juicio, al verme sin apoyo,

se burlará de mi aflicción!

SILVIA

¡No temas!

1450

Si los romanos tu clamor desoyen,

para que libre y casta permanezcas,

a darte ayuda y reclamar justicia

las mujeres de Roma están dispuestas.

ICILIO

Ellas os dan ejemplo.

VIRGINIO

¡Cuántas veces

1455

arriesgando mi vida por la ajena,

dichoso me juzgué! Contad, amigos,

mis cicatrices. Marcio, ¿no te acuerdas?

Yo me interpuse a recibir el golpe

que, al verte herido y solo en la pelea,

1460

fiero enemigo te asestaba. Mira

la señal que en mi pecho se conserva.

MARCIO

Bien lo recuerdo, generoso amigo;

y si agotó la ancianidad mis fuerzas,

hoy a tu lado ocuparé mi puesto

1465

quien te debe de un padre la existencia.

DECIO

Tú me salvaste de orfandad impía:

consiga yo satisfacer tal deuda.

ICILIO

Y también recordad que un tiempo Icilio

fue tribuno leal. Yo vuestras quejas



1470

apoyé en el Senado; yo el derecho

del pobre defendí; yo la soberbia

del senador y el cónsul refrenando,

hice que el pueblo respetado fuera.

MARCIO

Todos a Claudio pedirán justicia.

1475

PUEBLO

Todos.

AULO

El pueblo generoso os premia.

VIRGINIA

¡Oh dicha!

CAMILA

¡Oh dioses!

MARCIO

Amparar debemos

al soldado.

DECIO

¡Al tribuno!

SILVIA

¡A la doncella!

SERVILIO

¡Basta de infame cobardía!

MARCIO

¡Tiemble

el que agotó de Roma la paciencia!

1480

VIRGINIO

Al fin os reconozco. ¡Sois romanos!

(Abrazando a varios.)

Esa bizarra indignación lo prueba.

VIRGINIA

¡Padre mío! (Viendo venir a CLAUDIO.)

VIRGINIO

¡Valor!

ICILIO

¡Llegó el instante!

VIRGINIO

¡Roma, sé Roma!

ICILIO

Tu señor se acerca.

Escena última

DICHOS. APIO CLAUDIO, que toma asiento en la tribuna. -MARCO CLAUDIO, que con sus esclavos permanece entre la multitud.-Clientes de APIO. -Lictores y soldados. - Varios de los primeros se colocan a espaldas de CLAUDIO. Los demás se sitúan al pie de la tribuna, y en el ala derecha y foro del escenario.

CLAUDIO

Pueblo romano, el deplorable juicio  
1485

que motiva tu asombro y tu impaciencia,

a comenzarse va. Cual siempre dócil,

conjeturas inútiles desecha,

y en fiel balanza, silencioso el labio,

de entrambas partes las razones pesa.  
1490

Aquí donde tan ínclitos varones

su rectitud mostraron y su ciencia;

en este sitio, donde el rayo hermoso

de la verdad disipa las tinieblas

del negro error, el decenviro Claudio  
1495

ofrece culto a la divina Astrea.

Marco, Virginio, hablad.

MARCO

Pretendo sólo

que al punto a mi poder Virginia vuelva.  
(Adelantándose.)

VIRGINIO

Ni estuvo en su poder, ni tú lo ignoras,

ni encontrarás en Roma quien lo crea.  
1500

CLAUDIO

Con más cordura las palabras mide.

VIRGINIO

A herir de frente la batalla enseña.

CLAUDIO

El juramento que la ley reclama,

ambos prestad sin dilación.

MARCO

Le presta

de no mentir mi labio.

VIRGINIO

El mío jura

1505

que, al jurar no mentir, mintió su lengua.

CLAUDIO

¡Virginio!

VIRGINIO

Juro en la verdad fundarme,

y la calumnia confundir con ella.

CLAUDIO

¿Cuándo he sido, decídselo vosotros,  
(Dirigiéndose al pueblo.)

para con él avaro de clemencia?

1510

¿Quién resolvió que se aplazase el juicio,

para evitar que desde luego sierva

suspirara Virginia? Y tú, ¿qué hiciste?

Pagar el beneficio con la ofensa.

Alcen de nuevo atronadoras voces

1515

imputándome excesos y vilezas;

clamen de nuevo que a Virginia adoro

y que Virginia mi pasión desdeña...

No importa: exento de cobarde saña,

el recto juez a sentenciar se apresta.

1520

VIRGINIA

Si así tu acento a la mentira otorgas,

sobornada verdad, ¡maldita seas!

MARCO

Momentos antes de morir, su fraude

mi esclava consignó.

(Entregando un papiro a CLAUDIO, que éste repasa con la vista.)

VIRGINIO

Y aunque así fuera,

¿merece en Roma crédito un esclavo?

1525

CLAUDIO

Pruebas escritas Marco me presenta,

pero ninguna tú.

VIRGINIO

Te engañas: lee...

CLAUDIO

¿Dónde? (Interrumpiéndole.)

VIRGINIO

En el corazón de Roma entera.

CLAUDIO

¿Tienes testigos? (A MARCO.)

MARCO

Tres.

(A una señal suya se adelantan tres ciudadanos.)

CLAUDIO

Hablad.

UN CIUDADANO

Nos consta,

(Los tres extienden el brazo derecho.)

y sostenemos cuanto Marco alega.

1530

CLAUDIO

Son ciudadanos y atestiguan. (A VIRGINIO.)

VIRGINIO

Siervo

es todo el que se vende.

CLAUDIO

Tu insolencia

ya nos agravia a todos.

VIRGINIO

He jurado

decir verdad, y cumplo mi promesa.

VIRGINIA

Otros afirman lo contrario.

CLAUDIO

¿Quiénes?

1535

CAMILA

Yo, que vi de su madre verdadera

el maternal delirio; ¡amor sublime

que en la menor caricia se revela!

AULO

Yo, sosteniendo que tan sólo aspiras

a manchar inclemente su pureza.

1540

ICILIO

Yo, a quien de Roma pérfido ahuyentaste,

para que nunca regresar pudiera.

PUEBLO

¡Todos! ¡Todos!

CLAUDIO

Benignos ciudadanos,

no vil falacia y súplicas os vengán.

Turbar la paz pretenden. Tal designio

1545

a tiempo supe, y malogré su empresa.

(Señalando a los soldados que rodean el foro.)

Claudio los compadece; el juez, de Marco

ve la razón, y en su favor sentencia.

(Movimiento general de indignación. Rumores prolongados.)

VIRGINIA

¡Álzate de la tumba, madre mía,

o den por ti los númenes respuesta!

1550

ICILIO

Feroz tan sólo te juzgué; de astuto (Irónicamente.)

fama también mereces duradera.

Siempre será modelo de tiranos

el que tigre y raposo a un tiempo sea.

CLAUDIO

¡Ay de ti, miserable!

VIRGINIO

¡Y no hay remedio!

1555

¿De la que es hija mía te apoderas?

CLAUDIO

¡Culpable obstinación! Si en este engaño

has sido tú la víctima primera,

¿cómo puedes saber que es hija tuya?

VIRGINIO

¡Cómo lo sé, preguntas! ¡Si os dijeran

1560

(Dirigiéndose al pueblo.)

que no sois padres de los hijos vuestros,

hijos de vuestros padres, ¿lo creyerais?

PUEBLO

¡Nunca! ¡Jamás!

VIRGINIO

Para mayor victoria,

resuelve que me juzgue una asamblea

de padres de familia, y un suspiro

1565

será en mi abono irrecusable prueba.

¡Cómo lo sé! Desventurado, ¿ignoras

que siempre fue verdad la voz secreta

con que a los tiernos corazones habla,

fuelle de vivo amor, naturaleza?

1570

¡Yo en mis entrañas resonar la escucho!

¡Hija!

VIRGINIA

¡Padre! (Corriendo a precipitarse en sus brazos.)

VIRGINIO

¿Lo ves? ¡Vana cautela!

Mi corazón es corazón de padre.

¡Cómo lo sé! ¿No basta que lo sienta?

VIRGINIA

Duélete de sus canas. ¿Tienes hijos?

1575

Esta infeliz por ellos te lo ruega.

CLAUDIO

Yo sólo atiendo a mi deber.

VIRGINIA

¿Qué dije?

¡Hijos tú, Claudio!... La justicia eterna

no pudo concedérselos al hombre

que a los demás robárselos intenta.

1580

CLAUDIO

Basta. Virginia pertenece a Marco.

No yo, las doce tablas la condenan.

(Nuevos rumores y gran movimiento en el pueblo.)

VIRGINIO

¡Bárbaro!

CLAUDIO

¿Lo escucháis?

SILVIA

¡Defiende un hijo!

VIRGINIO

¿Qué puedo ya temer?

CLAUDIO

¡La muerte!

VIRGINIO

Venga.

La vida, infames, adorad vosotros,

1585

que otra cosa no amáis sobre la tierra.

CLAUDIO

Apoderaos de Virginia.

(A los lictores, que se adelantan hacia ella.)

ICILIO

¡Amigos!

VIRGINIO

¡En vano arrebatármela deseas!

(Cogiendo convulsivamente a su hija, y como procurando ocultarla entre sus brazos.)

CLAUDIO

La ley, la ley te la arrebató.

ICILIO

Siempre

la invoca más quien menos la respeta.

1590

(El pueblo toma una actitud amenazadora.)

CLAUDIO

¿Quién duda ya que perturbar pretenden

la santa paz que afianzó mi diestra?

VIRGINIO

Santa es la paz que en el amor se funda.

¡No la que el crimen y el terror engendran!

ICILIO

¡Vuestra hacéis la maldad si Claudio vence!

1595

(Al pueblo.)

PUEBLO

¡No! ¡No!

CLAUDIO

La plebe dispersad y mueran.

(Los lictores acometen a la multitud, que retrocede.)

VIRGINIA

¡Cielo!

ICILIO

¿Y así me abandonáis? (Al pueblo.)

CLAUDIO

¡Lictores!

(Los lictores rodean a ICILIO, VIRGINIO y AULO.)

VIRGINIO

¿No hay padres en Roma?

ICILIO

Sólo quedan

siervos en Roma.

CLAUDIO

Aprisionadlos. Pronto.

(Los lictores separan de la multitud a los tres, llevándolos a la derecha del teatro.)

Sufrirán el castigo.

(Abatimiento general. Pausa.)

VIRGINIA

¿Es ésta, es ésta

1600

(Con enérgica desesperación.)

vuestra justicia, oh dioses? Triunfa el malo,

sucumbe el bueno; ¡y dejaréis que pierda



familia, honor, la libertad que adoro

y hierve altiva dentro de mis venas!

¡Icilio!... ¡Padre!... ¡Roma! La justicia  
1605

huyó a la vez del cielo y de la tierra.

CLAUDIO

Llevala.

(Los lictores dan un paso hacia VIRGINIA, y se detienen cuando empieza a hablar VIRGINIO.)

VIRGINIA

¡Y nadie me defiende! ¡Nadie!

(Mirando en torno suyo.)

VIRGINIO

¡Hija del corazón!

(Clavando los ojos en VIRGINIA. Después hace un gran esfuerzo sobre sí mismo y se dirige a CLAUDIO.)

¿Acaso anhelas

verme a tus pies rendido? ¡Claudio, el hombre

sucumbe al padre..., y gime... y se prosterna!

1610

(Cayendo de rodillas.)

Mas tú, corona que debí a la patria,

(Quitándosela.)

huye de mí con toda tu pureza.

¡No cual las canas que ensalzaste un día,

a los pies de un tirano te envilezcas!

(Arrojándola al suelo.)

¿Qué digo?... ¡Ay, triste!... ¡Compasión, y al punto

1615

confesará mi voz, si tú lo ordenas,

que has sentenciado justo, que Virginia

a Marco pertenece; pero piensa

que por hija la tuve, que la adoro,

que es hija mía, ¡aun cuando no lo sea!

1620

VIRGINIA

Virginio el rayo de las arduas lides,  
(Dirigiéndose a CLAUDIO.)

sangre del alma llora en ancha vena,

¿y tu rencor no cede? ¡Claudio! Mira

cómo la madre recelosa estrecha

al tierno hijuelo que su cuello oprime,  
1625

y por instinto con horror te observa.

¡Cómo triunfó la indignación del miedo!

¡Todo suspira..., o amenaza... o tiembla!

¿Y tú insensible permaneces?

CLAUDIO

Marco

ponga fin si le place a tu querella.

1630

MARCIO

Pues bien, si Marco de Virginia es dueño,

véndasela a Virginio.

PUEBLO

¡Que la venda!

DECIO

¡Yo mis bienes le ofrezco!

SILVIA

¡Yo los míos!

SERVILIO

¡Yo todos mis rebaños!

MARCIO

¡Yo mis tierras!

CLAUDIO

Decide. (A MARCO.)

MARCO

No la vendo.

CAMILA

¡Infausto día!

1635

SILVIA

Padre no tengo. Acéptame por ella.

VIRGINIO

¡Yo el esclavo seré! Mi nombre infama

con vil castigo, con horrible afrenta,

¡y sálvese Virginia!...

MARCO

El decenviro

ya sentenció; su dueño la conserva.

1640

CLAUDIO

Del foro, pues, arráncala. Obedece

al que es ya tu señor, rebelde sierva.

VIRGINIO

¿Persistes en robármela? Responde:

(Como tomando una resolución.)

te lo pregunto por la vez postrera.

CLAUDIO

Llevadla.

VIRGINIO

Cedo... y tu justicia acato.

1645

Pero Virginio humilde te lo ruega...

Permite, al menos, que la abrace.

CLAUDIO

Al punto

dejad, lictores, que abrazarla pueda.

(Los lictores se separan de VIRGINIO. Este se dirige hacia VIRGINIA, que le sale al encuentro, y expresa con la voz y la actitud que ha comprendido el pensamiento de su padre.)

VIRGINIA

¡Padre!

VIRGINIO

¡Virginia!

VIRGINIA

Te comprendo.

VIRGINIO

Falta

hierro a mi mano.

VIRGINIA

Ten. Mi frente besa

1650

(Dándole el puñal que conserva en su poder desde el acto tercero.)

y acaba.

VIRGINIO

¡Horrible acero!

VIRGINIA

¿Eres mi padre?

VIRGINIO

¿Lo dudas tú?

VIRGINIA

Lo dudaré si tiembles.

VIRGINIO

¡Valor!

VIRGINIA

¡Mi madre a recibirme en triunfo

se prepara!...

VIRGINIO

¡Hija mía!

(Besándola en la frente.)

VIRGINIA

¡Es fuerza!

(Cubriéndose el rostro con el manto.)

VIRGINIO

¡Es fuerza!

(Clavando el puñal en el pecho de su hija.)

VIRGINIA

¡Tirano, ya soy libre!...

(Descubriéndose el rostro y avanzando algunos pasos hacia CLAUDIO. Después cae en brazos de su nodriza y de otras mujeres que corren a sostenerla. Grito general.)

CLAUDIO

¡Horror mil veces!

1655

(Levantándose despavorido y dando un grito espantoso.)

ICILIO

¡Virginia!

(Corriendo hacia ella, sin que los lictores puedan detenerlo.)

VIRGINIA

¡Icilio!... ¡Adiós!... ¡Muero contenta!...

(Expira.)

VIRGINIO

¡Veis como soy su padre!...

(Levantando en alto el acero, como para mostrar al pueblo la sangre de su hija.)

CLAUDIO

¡A mí, lictores!...

(Trémulo de espanto. Los lictores rodean la tribuna, sacando las hachas de las fascas.)

VIRGINIO

¡Yo al averno consagro tu cabeza

(Acercándose a CLAUDIO.)

por esta sangre! (Rumores y gritos.)

ICILIO

Pueblo de Virginia,

acuérdate del pueblo de Lucrecia.

1660

SILVIA

¡Muera el tirano!...

(Arrancando la espada a un soldado.)

ICILIO y AULO

¡Libertad!...

(Lanzándose en medio del escenario.)

VIRGINIO

¡Venganza!

(Corriendo a asaltar la tribuna de CLAUDIO.)

PUEBLO

¡Muera!

(Trábase la lucha. Las mujeres toman parte en ella. Varios lictores y soldados caen muertos, y otros son desarmados por la multitud.)

CLAUDIO

¡Lictores!

(De pie en la tribuna y con los brazos abiertos, como queriendo animar a los soldados.)

GRITOS GENERALES

¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!

(VIRGINIO e ICILIO, seguidos de varios del pueblo, asaltan la tribuna de CLAUDIO, defendida por los lictores, algunos de los cuales caen rendidos a sus golpes. AULO hiere a MARCO. Lucha encarnizada, en que el pueblo va quedando vencedor, mientras se repiten los tres últimos gritos. VIRGINIA, en los brazos de su nodriza y otras dos mujeres, en un ángulo del escenario. Varias madres sólo atienden a salvar a sus hijos.)

FIN DE LA TRAGEDIA

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

